

3 NORTE
SELLO EDITORIAL DEL INSTITUTO
MUNICIPAL DE ARTE Y CULTURA DE PUEBLA

**DIÁLOGOS
AMOROSOS**
DE DESPECHO Y ALABANZA



**Ciudad
de Progreso**

**INSTITUTO MUNICIPAL
ARTE Y CULTURA**



ISBN: 978-607-8123-36-0



9 786078 123360

3 NORTE

scott hadley

DIÁLOGOS AMOROSOS

DE DESPECHO Y ALABANZA

scott hadley



DIÁLOGOS AMOROSOS DE DESPECHO Y ALABANZA



COLECCIÓN
arronte

DIÁLOGOS AMOROSOS

DE DESPECHO Y ALABANZA



DIÁLOGOS AMOROSOS

DE DESPECHO Y ALABANZA

scott hardley





ÍNDICE

H. AYUNTAMIENTO DE PUEBLA 2014-2018

Antonio Gali Fayad
Alcalde H. Puebla de Zaragoza

INSTITUTO MUNICIPAL DE ARTE Y CULTURA DE PUEBLA (IMACP)

Anel Nochebuena Escobar
Directora
Rafael Navarro Guerrero
Subdirector de Desarrollo Artístico y Cultural
Ó. Moisés Romero Castro
Editor Júnior de la Coordinación para la Edición y Fomento a la Lectura

Primera edición 2015
ISBN: 978-607-8123-36-0

Diálogos amorosos de despecho y alabanza

De esta edición
D.R. © Instituto Municipal de Arte y Cultura de Puebla
3 Norte No. 3, Centro Histórico
C.P. 72000 Puebla, Puebla

Impreso en México

Queda prohibida, salvo excepción prevista por la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

INTRODUCCIÓN / 9

PREÁMBULO / 17

HISTORIA DE LA BRUJA Y LA FUENTE / 21

LA MUJER Y EL POZO / 27

LOS TRES COFRES / 31

LA MUJER QUE HACÍA COLCHAS / 37

LA LIBRA DE CARNE / 41

EL HOMBRE QUE CREYÓ LO QUE OYÓ Y NO LO QUE VIO / 47

LA MUJER DE LA TORRE / 51

LA URRACA ACUSADORA / 57

LA HIJA DEL PIRATA / 61

LA PERRITA QUE LLORA / 67

NOTA DE TEODORO / 71

HISTORIAS USADAS JUNTO CON SUS REFERENCIAS / 73

INFORMACIÓN SOBRE LOS TEXTOS FUENTES / 75



INTRODUCCIÓN

La tradición oral es una parte intrínseca de la memoria del ser humano que surgió junto con sus primeros gemidos, sollozos y risas, y sigue con nosotros hasta hoy. Una prueba de esto es el hecho de que hay muchos elementos y motivos narrativos plasmados en los cuentos de distintas partes del mundo (el diluvio, el viaje al inframundo, las características del héroe, etc.) que también se encuentran en el poema épico babilonio de *Gilgamesh*, redactado hace más de treinta siglos. Pero no se trata de una influencia directa y continua desde tiempos ancestrales, ya que Gilgamesh, como héroe, se reveló ante nosotros en una época tan reciente como el siglo XIX. Para decirlo de otra manera, estos mismos elementos, seguramente mucho más antiguos que el mismo *Gilgamesh*, sobrevivieron en los hogares, a la intemperie, en los banquetes y en los palacios, permutando en distintos idiomas y culturas por milenios, mientras las tablas cuneiformes de Iraq ya llevaban mucho tiempo bajo la arena del desierto, destrozadas y fragmentadas, en un código que sólo unos cuantos eruditos podrían descifrar.

Así que, para entender mejor la tradición oral y cómo difiere de la tradición escrita, necesitamos acudir al estudio monumental en el tema de Albert B. Lord (1960). El autor arguye que al describir la tradición oral tenemos que cambiar nuestra manera de entender el concepto de autoría y de texto original. Para Lord, aunque el cantante del cuento esté recitando una narración compuesta por otros, su manera particular de contarla lo convierte en el autor en ese momento, ya que cada recitación es única e irreplicable, aunque fuera narrada por el mismo cantante en otra ocasión. Esta nueva perspectiva trae repercusiones sobre

nuestro concepto de “texto definitivo” o “texto original”, ya que el texto escrito es algo estático; un mero documento que da testimonio de una instancia en la historia de un cuento determinado. Como se puede ver, la tradición oral da mucho más importancia al manejo de la forma de la narración, que en sí no pasa de ser un simple conjunto de hechos y circunstancias que hay que respetar.

Así que este juego y manipulación de formas es la base de los ejercicios literarios de muchos autores que se nutrieron de cuentos que pertenecen a una colectividad milenaria y propusieron una interpretación personal de ellos. Basta mencionar al mismo Esopo, quien indudablemente se había apropiado fábulas de otras fuentes anteriores a él, siendo sólo el precursor occidental de una larga serie de apropiaciones de muchos autores que vendrían después (Fedro, don Juan Manuel, Juan Ruiz, La Fontaine, Tomás de Iriarte, etc.). Más tarde, los sacerdotes católicos usaban estos cuentos en sus sermones cargados de una ideología y doctrina muy alejadas a sus primeros intérpretes que vivían milenios antes.

Podemos ver un ejemplo interesante de esta apropiación en la comparación del mismo cuento con dos propósitos distintos. En el estudio de Danièle Dehouve (2000) sobre las transformaciones que han experimentado ciertos cuentos conocidos como *exempla* desde su origen en Europa hasta el México virreinal, tenemos en su capítulo 5 una descripción de “La caza infernal del señor de Nevers”. El relato es un *exemplum* sobre los castigos de la infidelidad, ya que el jinete fantasma del cuento es condenado a cazar repetidamente a una mujer a quien mata con la espada y la arroja en el fuego. Pero si leemos el mismo cuento que se encuentra en el día cinco, número ocho, del *Decamerón*, nos damos cuenta de que Boccaccio entendió el propósito de la caza como un aviso gráfico para una dama que desprecia el amor de un pretendiente.

Pero antes de adelantarme mucho más en el tema es importante aclarar dos términos que esta introducción maneja para hablar de los cuentos: *exemplum* y *fabliaux*. Los *exempla*, según Curtius, son “casos ejemplares de virtudes y debilidades humanas (*exempla*) que se hallaban en los autores antiguos” o con más precisión, desde la época de Aristóteles (Curtius 1975: tomo I p. 94). Forman parte de una estrategia discursiva muy explotada desde la Edad Media tanto en el púlpito como en la literatura. A su vez, el *fabliaux* también es un testimonio

del comportamiento humano, pero limitado a las relaciones sexuales en la pareja, sobre todo cuando se trata de la infidelidad de una mujer. Según A. D. Deyermond, gracias a los temas misóginos “sobre la decepción sexual femenina”, el *Libro de engaños* o *Sendebarr* se vuelve la primera colección de *fabliaux* en español (1994: 179). No es de sorprender que varios cuentos de la presente colección se encuentran también en este libro. Ahora bien, muchos autores en el pasado han calificado el *fabliaux* como un relato misógino, pero yo sostengo que hay que leerlos con una óptica más amplia, ya que a través de las mismas apropiaciones, tanto del autor como del lector, las distintas interpretaciones abundan por sí solas.

El presente libro es otra propuesta interpretativa de los cuentos por parte de sus dos narradores ficticios, Anselmo Carrión y Rodrigo Villafañez, y compilados por un personaje igual de ficticio, Teodoro González. Les advierto desde el principio que esta técnica que utilizo para recrear los cuentos carece bastante de originalidad, ya que cuento entre mis precursores arriba mencionados otros nombres augustos como Rabelais, Shakespeare, Chaucer y Boccaccio. Chaucer puso a los peregrinos a contar cuentos para aligerar el viaje a Canterbury, mientras Boccaccio puso a las mujeres y hombres a contar cuentos en las afueras de Florencia para escaparse de la peste. Sobre todo en estos dos ejemplos, el autor crea un foro ficticio donde los personajes, igual de ficticios, cuentan cuentos que no son necesariamente producto de la imaginación de sus autores. Lo que tenemos son varios niveles de la ficción, trabajando sinérgicamente en una independencia aparente del autor que firma el libro. Cervantes, en el prólogo de sus *Novelas ejemplares* es el primero en jactarse de ser un autor original, cuando en su tiempo y antes no hubo ningún remordimiento a lo que hoy llamaríamos plagio:

A esto se aplicó mi ingenio, por aquí me lleva mi inclinación, y más que me doy a entender, y es así, que yo soy el primero que he novelado en lengua castellana; que las muchas novelas que en ella andan impresas, todas son traducidas de lenguas extranjeras, y éstas son mías propias, no imitadas ni hurtadas. Mi ingenio las engendró, y las parió mi pluma, y van creciendo en los brazos de la estampa (1954:11).

Sin embargo, yo sólo intento acudir al mismo tipo de plagio que critica Cervantes con la carencia obvia de sofisticación que mis habilida-

des demuestran si mis lectores me comparan con otros autores de otros tiempos. Para decir verdad, mi meta, bastante modesta por cierto, es recontar los cuentos después de haberlos traducido del latín al español. Escogí precisamente estos cuentos de distintas fuentes latinas del Medievo por su manera casi telegráfica de contar un suceso. Lo que se ve en el texto original es el esqueleto del cuento que carece del desarrollo de los personajes, una ausencia notable del ambiente en que se desenvuelve la acción del cuento y aparte, todos están repletos de diálogos escuetos. El reto que yo me propuse es tratar de adornar al esqueleto con su carne para simular, por lo menos, el mismo juego de los autores que trato de emular con mis pobres recursos y escaso talento. Para que puedan tener una idea de este proceso incluyo el cuento “La mujer que hacía colchas” en el latín original y luego con su traducción al español. Dentro del libro, pueden ver lo que yo hice con el cuento en la etapa final.

X. *Exemplum de lintheo*

Dictum est de quodam qui peregre proficiscens commisit uxorem suam suae socru. Uxor autem sua alium quendam adamavit et matri hoc indicavit. Quae commota pro filia favit amori et convocans procum eundem coepit cum illo et filia epulari. Epulantibus illis supervenit maritus et hostium pulsavit. Et consurgens mulier procum abscondit et hostium postea domino aperuit. Qui postquam intravit, ut lectus sibi pararetur praecepit; nam quiescere volebat quia lassus erat. Turbata mulier dubitavit quid faceret. Quod videns mater: Ne festines, inquit, filia, lectum parare, donec monstremus marito tuo lintheum quod fecimus. Et extrahens lintheum vetula quantum potuit unum cornu illius sustulit et alterum filiae sublevandum dedit. Sicque lintheo extenso delusus est maritus, quousque qui latuerat egrederetur amicus. Tunc ait mulier filiae suae: Extende lintheum super lectum mariti tui, quia manibus tuis et meis est contextum. Cui maritus: Et tu, domina, scis tale lintheum parare? Et illa: O fili, multa huiusmodi paravi.

X. Ejemplo de la colcha

Dicen que un hombre, partiendo al extranjero, confió a su esposa con su suegra. Pero la esposa amó a otro exageradamente y reveló su secreto a su madre. Emocionada por su hija, apoyó su amor y llamando al pretendiente preparó una comida para él y su hija. Al estar en la mesa co-

miendo, el esposo llegó inesperadamente y tocó la puerta. Se levantó la mujer, escondió a su pretendiente y abrió la puerta para su esposo. Él entró y ordenó preparar su cama porque quería descansar ya que estaba agotado por el viaje. La mujer estaba toda agitada y no sabía qué hacer, y la madre, viendo su estado de ánimo dijo: “No te apures en preparar la cama, hija, hasta que mostremos la colcha que hicimos a tu marido”. Y sacando la colcha, la viejita tomó todo lo que pudo aguantar de un lado y le dio a su hija el otro extremo para levantar. Y así fue como el marido fue engañado por la colcha extendida detrás de la cual, hasta este momento, se había escondido el pretendiente antes de escaparse. Entonces le dijo la madre a su hija: “Extiende la colcha sobre la cama de tu marido ya que la tejimos con nuestras manos”. Por lo cual preguntó el marido: “Y usted señora, ¿acaso, sabe tejer colchas de este género?” Y ella respondió: “Ay, joven, muchas colchas he preparado de este tipo”.

Al final del libro incluyo la lista completa de cuentos y sus fuentes originales donde los encontré. Si leí los cuentos en otras colecciones también lo señalo. Por ejemplo, el cuento mencionado arriba se ve también en el entremés de Cervantes “El viejo celoso”.

REFERENCIAS

- Beeson Charles, H. 1953. *A Primer of Medieval Latin*. Washington D.C. The Catholic University of America.
- Cervantes Saavedra, Miguel de. 1988. *Entremeses*. México, D.F.: Editores Mexicanos Unidos.
- Cervantes Saavedra, Miguel de. 1954. *Novelas ejemplares*. Barcelona: Ramón Sopena, S.A.
- Chaucer, Geoffrey. 1933. *The Poetical Works of Chaucer*. F.N. Robinson (ed.) Boston: Houghton Mifflin Company.
- Curtius, Ernst Robert. 1975. *Literatura europea y Edad Media latina*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

- Dehouve, Danièle. 2000. *Rudingero el borracho y otros exempla medievales en el México Virreinal*. México D.F.: Universidad Iberoamericana.
- Deyermond A.D. 1994. *Historia de la literatura española: La Edad Media*. Barcelona: Editorial Ariel, S.A.
- Gayangos, Don Pascual de. (ed.). 1952. "El libro de los enxemplos" *Biblioteca de autores españoles: desde la formación del lenguaje hasta nuestros días* Vol. LI: *Escritores en prosa anteriores al siglo XV*. Madrid: La Real Academia Española.
- Gray, Douglas. (ed.). 1985. *The Oxford Book of Late Medieval Verse and Prose*, Oxford University Press.
- Lacarra, María Jesús. (ed.). 1996. *Sendebarr*. Madrid: Cátedra, Letras Hispánicas.
- Lord, Albert B. 1960. *The Singer of Tales*. Cambridge, London: Harvard University Press.



PREÁMBULO

Yo, Teodoro González, me dirijo a usted, el lector que encuentre este manuscrito detrás de una piedra aflojada en esta torre, para decir que soy el verdadero escritor de este texto que se popularizó bajo el nombre de un autor que yo dejé usurpar el mío. El hecho es innegable que yo escribí toda esta serie de relatos desde una torre alta en la costa de Galicia, donde un amigo de la corte me prestó un cuartito solitario repleto de los gemidos fantasmagóricos del viento que revuelve mis manuscritos. El frío congela tanto mis manos como mi tinta, y el sol a duras penas entra por la ventana estrecha que es la única apertura en los muros sólidos de piedra.

Caí en esta penosa condición al ser expulsado de la universidad por escribir versos satíricos y comprometedores dirigidos a ciertas autoridades eclesiásticas que no compartían mi sentido del humor. Así que me encuentro sin un aposento digno ni manera de sostenerme sin exponerme a las arbitrariedades de la justicia. El mencionado amigo era un admirador mío cuando estábamos juntos en la universidad y al graduarse consiguió trabajo como uno de los amanuenses de este mismo castillo, y por eso me proporciona tanto alimentos como instrumentos para escribir con la promesa de que algún día iba a poder pagarle con un manuscrito digno de admiración que llevaría su nombre en vez del mío.

Después de dos meses en este lugar nefasto, mi mente se encontraba tan infértil como las peñas maltratadas por el asedio constante de las olas que avientan vapor salado hasta llegar a mi escondite a más de 40 varas sobre el nivel del mar. Mi única compañía son las infrecuentes

visitas que me puede hacer mi amigo, el grito frenético de las gaviotas y las pláticas nada interesantes de las guardias que caminan por la azotea del castillo en la noche.

Pero una noche mi fortuna cambió junto con las guardias, porque hubo algo especial en su manera de llevarse entre ellos; sobre todo por la camaradería en su trato y lo gracioso de su plática. Se ve que sus memorias prodigiosas suplían su incapacidad de leer y escribir y resultaban ser verdaderas bibliotecas de cuentos populares que han dado la vuelta al mundo para ser incluidos en un sinfín de colecciones antes de llegar a sus labios. Aparte, los cuentos que contaban cuadraban nítidamente con sus personalidades y filosofías ante la vida, así que me puse a asomar a la ventanilla sin ser visto para escuchar sus diálogos y apuntar sus razones. Uno, por lo que pude indagar, se llamaba Rodrigo Villafañez, y era un poco más joven y fresco de apariencia y actitud que el otro. Tal vez tenía que ver con que llevaba menos tiempo de militar como el otro, pero lo que más me llamaba la atención era su actitud optimista y su respeto desinteresado al sexo opuesto que revelaba una falta de experiencia garrafal con ellas. Su compañero se llamaba Anselmo Carrión, y su actitud amargada, que era todo lo contrario a la de Rodrigo, se debía más bien a la falta de acceso a mujeres decentes que no fueran de las tabernas ni de los teatros de las grandes urbes. En fin, las experiencias tanto de Rodrigo como de Anselmo los llevaban a exponer los diálogos extraordinarios que le ofrezco con mi humilde pluma y falta de entendimiento, pero si no me equivoco me sacarán de mi deuda con mi amigo y de este condenado castillo gallego. Me preguntará mi querido lector si parece de pocos escrúpulos tomar lo que no es de uno y ponerle su santo y sello. Tal vez, contestaría yo, pero hay dos detalles claves: el texto no va a llevar mi nombre, sino el de mi amigo, y estos cuentos son de una circulación desde tiempos milenarios divulgados a través de una tradición oral y políglota que mantiene vivo el cuento, pero sepulta en el olvido al autor original. Sin más preámbulos, dejemos a Anselmo iniciar el diálogo:

—¿Sabes una cosa, Rodrigo? Yo no entiendo por qué las canciones, madrigales y recitaciones de sonetos que he oído ponen tanto hincapié en la apariencia de la mujer. Después de todo, su belleza en sí no es testigo de su virtud interior y más bien sus atractivos superficiales son una trampa para los hombres que los lleva a su perdición.

—Yo creo que eres muy injusto —dijo Rodrigo—. Me vas a tener que convencer con pruebas más sólidas. ¿Tienes alguna anécdota al respecto?

—Con mucho gusto, Rodrigo, tengo algo que le queda de prueba como el anillo al dedo.



HISTORIA DE LA BRUJA Y LA FUENTE

Hubo, en tiempos antiguos, un noble de la India de nombre Hireshe que tuvo un solo hijo a quien amaba más que otra cosa en el mundo y mucho más aún al perder a su madre después de un parto doloroso. El hijo se llamaba Sadhil, porque era perfecto en todos los sentidos. Realmente era una delicia de contemplar sus facciones juveniles, su cuerpo delicado pero fuerte y bien formado, su pelo largo y ligeramente rizado con ojos negros hipnotizantes que inspiraban bondad y bienestar. Era un verdadero tesoro, pero desgraciadamente por ser tan apreciado por su padre, no tenía los medios para defenderse a sí mismo del mundo exterior. Más bien su mundo eran los jardines del palacio, llenos de árboles con flores perfumadas, manantiales y arroyos cristalinos, y pavos reales que junto con otras aves lo deleitaban con sus coros y cantos.

Sin embargo, como cualquier joven de su edad, quería explorar el mundo exterior, y convenció a Savir, uno de los consejeros favoritos del padre, que hablara con él para conseguir permiso con el fin de salir a cazar con los demás:

—Sabes que es mi hijo precioso y prefiero morir antes de que algo le suceda, pero si tú vas con ellos y lo proteges, yo otorgaré mi permiso.

—Usted sabe, señor, que se lo cuida como si fuera de mi propia sangre —respondió Savir.

No perdieron nada de tiempo, así que con la primera luz del día siguiente salió un grupo de 25 hombres con sus caballos y tantos más perros cazadores que se metieron en el bosque más grande y espeso de toda la comarca. No tuvieron que esperar mucho cuando un ciervo salió detrás de un arbusto, así que le dieron a Sadhil la oportunidad de cazar-

lo. Con mucho gusto, el joven espoleó a su caballo en pos del ciervo y en cuestión de segundos se perdió de vista entre el follaje del bosque. Todos se quedaron allí para esperar que Sadhil regresara, con el fin de no darle la impresión de que lo estaban siguiendo, pero las horas pasaban y el sol se inclinaba hacia el occidente y no había ninguna noticia de él.

Ya verdaderamente aterrados de lo que podría haber pasado, se metieron todos en el bosque con los perros que podrían reconocer su olor, pero la única respuesta para sus gritos fueron los primeros chillidos de los animales nocturnos y los ecos de sus propias voces que rebotaban en los árboles de madera dura. Pensando lo peor, pero ya sin luz para encontrar su cadáver, regresaron a la corte de Hires, y Savir, ya resignado a aceptar cualquier castigo, dijo:

—Ay, vuestra majestad, lo que te tengo que contar me tiene muy mal y deseoso de mi propia muerte, pero mientras cazábamos, su hijo se quedó en un extremo expuesto del grupo y un león saltó desde detrás de un árbol y lo agarró, rompió al instante su cuello, y lo arrastró inerte a las profundidades del bosque donde ya no lo encontramos.

—Aunque tu noticia me parte el alma y no puedo controlar las lágrimas, no te culpo a ti, fiel Savir. Ven a compartir esta pena profunda que nos aflige a nosotros y a todos nosotros.

Y los dos hombres, como hermanos unidos en la desgracia más trágica, se abrazaron y sollozaron hasta después del amanecer.

Mientras tanto, Sadhil aprovechó el mismo amanecer para salir de su escondite en el hueco de un árbol. Montó su caballo que había amarrado allí cerca y fue a buscar a Savir y a los demás. El bosque, por lo tupido que estaba, no tuvo mucho más encanto que la noche anterior, pero no caminó gran trecho cuando encontró a una doncella tarareando una canción mientras observaba algo en el cielo. Era la mujer más encantadora que Sadhil había visto y estaba seguro de que era de familia noble. Tenía una diadema de oro con incrustaciones de piedras preciosas que contrastaba con su cabello negro brillante. Su collar, anillos de los dedos y las moneditas que colgaban de la parte inferior de su chaleco de terciopelo verde, también eran de oro. Una falda de seda verde salió por debajo del chaleco y ondulaba con ligereza en la brisa matutina:

—¿Quién eres tú? —preguntó Sadhil.

—Yo soy Chandrika y soy hija del noble Hires. El sueño me engañó mientras montaba sobre mi elefante y me quedé aquí abandonada.

—Pero, ¿por qué mi padre nunca me dijo nada de ti, ya que eres mi hermana?

—¿Será porque no sabe de mi existencia? —contestó la doncella con un tono perturbador de risa en sus palabras, vamos, súbeme a tu caballo y te saco de este bosque.

Confundido, Sadhil colocó a la doncella detrás de él en el caballo y obedeció las indicaciones de Chandrika hasta que salieron del bosque y entraron en un desierto. El desierto era verdaderamente caluroso, sin ninguna vegetación, y el polvo que levantaron los pasos del caballo se metía en sus narices y su cabello. Chandrika seguía sin cuidado, cantando y platicando con Sadhil. De repente, vieron una tienda sujeta con estacas en el suelo y Chandrika dejó de cantar para pedir que se quedaran tantito en ese lugar.

—Podemos refrescarnos acá, pero como tú has de ser todo un caballero, déjame entrar primero.

—Claro que sí —dijo Sadhil—, yo cuido el caballo mientras.

Pero Chandrika tardaba y tardaba en salir, y además Sadhil tenía la impresión de que ella no estaba sola allí. Se asomó por un agujero que estaba en la tela de un lado de la tienda y no pudo creer lo que miraba. Ya no veía a Chandrika, sino una lechuza enorme con la voz de Chandrika que hablaba con otras lechuzas mientras se suspendían en el aire con un movimiento rápido de sus alas que parecían de colibríes.

—Ya lo traje hasta aquí —decía la lechuza que antes era Chandrika—, y es nadie más ni nadie menos que Sadhil, el hijo de Hires.

—Nos convertiremos todas en doncellas y lo llevaremos a otro lado para hacer nuestra voluntad —decía otra lechuza, cuyas palabras inspiraron unas carcajadas rasposas de los demás.

Chandrika oyó cómo Sadhil subió a su caballo para huir y salió de la tienda convertida de nuevo en doncella.

—¿Adónde vas? Eres un muchacho muy impaciente. Ven, hay unas amigas en la tienda que te quieren conocer. En ese momento Sadhil levantó sus manos hacia el cielo y rezó por protección con todas sus fuerzas. Al instante, un torbellino de polvo y gemidos malévolos empezaron a levantar la tienda y su caballo, dejándolo a él solo en el desierto. Caminó por varios días y por poco fallece debido a la falta de comida y agua, hasta que por milagro pasó una caravana que lo levantó y después de resucitarlo y darle de comer y beber, lo llevó con su padre.

—Así que aunque Chandrika era la doncella más hermosa del mundo —dijo Anselmo—, era cosa del diablo y mucho de cuidar, ya que las apariencias engañan y mientras más belleza tiene una mujer en el exterior, más alevosía guarda en su interior.

—Me convencerías —le dijo Rodrigo—, si hubieras terminado bien el cuento, pero dejaste afuera de todo tu relato el desenlace que le da el sentido verdadero.

—A ver, Rodrigo —dijo Anselmo—, te ruego que me cuentes este final que seguramente tú inventaste.

—Te aseguro que no inventé nada de nada y el desenlace va así:

Ninguna caravana vino al rescate de Sadhil, sino que este caminó muy afligido por el desierto hasta llegar a una fuente de mármol tallado con conchas del mar acomodadas a suerte de peldaños, por donde descendía el agua en pequeñas cascadas. Tomó agua hasta hartarse, pero resultó que era una fuente mágica que cambiaba de sexo al que bebía de su agua; así que si bebía de esta fuente una mujer se convertía en hombre y viceversa. Al darse cuenta de su transformación, empezó a temer por su vida, porque recordó lo que decían de los peligros que corren las mujeres solitarias en el desierto.

Pero Sadhil se sintió aliviado cuando un grupo de doncellas jóvenes llegó a bailar y a cantar junto a la fuente. Había unas muchachas con tambores, otras con címbalos, y dos más que tocaban una flauta y una cítara. Mientras ellas tocaban, las otras bailaban con movimientos ondulantes de las manos, hombros y caderas con los pies firmes en la tierra, el pie derecho apuntado hacia la derecha y el izquierdo hacia la izquierda. Cuando vieron a Sadhil lo invitaron a bailar, pero él sentía vergüenza, porque sabía que no podía moverse con tanta gracia, aunque ahora se encontraba en forma de mujer.

Después de reírse de sus torpezas, las muchachas dejaron de bailar y de tocar su música y le preguntaron sobre el motivo de su timidez. Él les contó todo entre sollozos y la más bella de todas ellas, dijo:

—Yo me llamo Panchali, que como tú sabes, quiere decir princesa, y si tú prometes casarte conmigo y llevarme con tu papá, yo arreglo todo con él.

—De muy buena gana acepto —dijo Sadhil casi delirando de sed, hambre y ante el milagro repentino de su rescate.

—Ven, toma de esta agua y verás cómo recuperarás tu antigua forma.

Al tomar otra copa de la fuente, se convirtió otra vez en hombre y rellenó su ropa de nuevo con su forma varonil, y tal como le prometió a Panchali, la llevó ante su padre, que estaba fuera de sí, con la doble felicidad de recuperar a su hijo y conseguir una nuera muy relacionada con la corte del sultanato de Delhi.

Y preguntará ¿qué pasó con Savir, el más distinguido de los consejeros de Hires? La tentación de mandarlo al patíbulo era muy grande, pero después de mucha deliberación el noble benévolo decidió mandarlo a limpiar los establos de su palacio en cuclillas y compartir su cama con sus habitantes, dando preferencia de lugar a sus superiores nuevos que fueron los cochinos, borregos y caballos.

—Bueno, Rodrigo —dijo Anselmo—, ahora que lo dices, creo que el final fue así, pero esto no quita mucho de mi argumento, ya que más bien se asocian cosas muy malas, no tanto entre las mujeres y las fuentes, sino también entre ellas y los pozos, como sucede en mi cuento si me das permiso para contarlo.



LA MUJER Y EL POZO

Aunque Ramiro era un mercader de vinos de mucho éxito e influencia en toda Extremadura, era muy ingenuo en creer que podría tener el mismo éxito domando las artimañas de las mujeres. Por eso quería probar su suerte en doblegarlas, y de ninguna manera pensaba que iba a fracasar. Para poner en acción su plan, quería casarse con la doncella que se jactaba de tener la peor reputación de todas, y todo el mundo concordaba que debería casarse con Hilaria, la hija de un banquero muy próspero en la misma ciudad. Contemplando nada más su belleza y otros encantos nada despreciables, tal vez Hilaria no era tan mala que digamos, pero el hecho de ser joven, bellísima, encantadora, y aun así sin una fila de pretendientes dispuestos a encallarse en los peñascos de esta sirena, era una señal bastante inequívoca para indicar que ni los mancebos ni los caballeros se dejaban engañar tan fácil. El hecho es que Hilaria fue dotada con una inteligencia muy aguda, un sentido de humor algo cruel, y un fuerte deseo de simplemente disfrutar de la vida sin pensar lo más mínimo en los demás. La razón es que por ser hija única, sus papás la consintieron en todo, o si no, ella misma buscaba la manera de salirse con la suya. Tenía una agilidad sorprendente, tanto mental como física, y podía ir al mercado y regresar a casa con sus encargos (y una que otra cosa hurtada) en menos de la mitad del tiempo que llevaría a una persona normal, gracias a su peculiar manera de deslizarse entre los puestos del mercado como una especie de gato o hurón.

Ramiro pensaba que ella era perfecta como esposa porque, aparte de unir su fortuna con la de su suegro, podría ganar la reputación de domador de mujeres. Como era de entender, el suegro, don Eusebio,

dio su bendición de inmediato, así que se casaron la semana siguiente y Ramiro la llevó a su nuevo hogar que era bastante grande y lujoso. Sin embargo, no pasó más que un par de días, cuando Hilaria se dio cuenta de que su nueva vida matrimonial era una especie de infierno, porque quedó estrictamente prohibido salir de la casa sin todo un séquito de sirvientas, y el resto del tiempo lo pasaba encerrada bajo llave, con la ventana en su recámara como única comunicación con la actividad cotidiana de la calle, dos pisos abajo.

Usted puede imaginar que la pequeña pícara no perdió nada de tiempo en buscar alivio a su aburrimiento provocado por un esposo que pasaba la mayoría de su tiempo probando sus vinos, en vez de las delicias de su mujer. Y este alivio llegó en forma de un mancebo alegre, joven, juguetón y guapo, que ella vio caminar debajo de su ventana. Estaba bien vestido, con ropa muy ajustada que presumía todas sus virtudes corporales. Todo esto fue colmado con un sombrero ancho que ostentaba una enorme pluma roja que bailaba con cada paso del joven. Hilaria, aprovechando de la ausencia de Ramiro, le gritó descaradamente desde su ventana:

—¡Oye, muchacho! ¿Qué haces por aquí perturbando a la chusma con tu guapura?

—Yo nada más iba al mercado. ¿Puedes bajar para que platiemos?

—Ahora no, pero si me esperas debajo del árbol grande de la plaza, aquí en la esquina, a la medianoche, de aquí en ocho días, podríamos platicar bien a gusto entre otras cosas.

Unos días después Hilaria se puso muy nerviosa, porque todavía no había encontrado la forma de escaparse de la casa y mucho menos en la noche. De repente, en uno de sus paseos por el jardín, vio una hierba que recordaba que de niña usaba como té para dormir a su tutor de música cuando quería ir a jugar afuera en vez de aprender a tocar pавanas y fantasías pasadas de moda en la vihuela. Además, como queda mencionado arriba, Ramiro era muy aficionado de sus propios productos y con mucha frecuencia se emborrachaba sin poder complacer los deseos carnales de Hilaria en la noche. Sería muy fácil diluir un poco de la hierba en su vino para que, con calma, pudiera buscar la llave y reunirse con su nuevo amante.

Con el tiempo, Hilaria decidió incrementar la dosis de la hierba paulatinamente y los efectos eran casi inmediatos. Hasta que una vez,

tuvo que llamar a dos de los mayordomos para llevarlo a la cama. Sin embargo, después de la tercera noche Ramiro pensaba:

“Este vino me está saliendo muy fuerte, ¿será culpa del vino o será algo que está tramando Hilaria? Se ha vuelto muy inquieta últimamente, como si estuviera escondiendo algo.”

Gradualmente, sin que Hilaria se diera cuenta, Ramiro empezó a escupir a escondidas el vino que le servía en algún lado escondido para consumir menos y no emborracharse tanto, y justo en la noche destinada para el encuentro amoroso, Ramiro fingió un pesado estupor tras de lo cual tuvo que ir a la cama con la ayuda de los mayordomos. Estaba muy orgulloso de su plan, porque aunque hervía de coraje, ni siquiera mostró señales de vida cuando Hilaria buscó las llaves por todas partes antes de dar con ellas debajo de su almohada. Ella salió de la casa sigilosamente sin despertar a la servidumbre y, como se habían puesto de acuerdo, su amante la esperaba debajo del árbol.

Mientras tanto, Ramiro aseguró la aldaba de la puerta principal por dentro y esperó su regreso. Pasaron varias horas, pero Hilaria regresó con una expresión cínica de euforia en la cara. Al girar la llave se dio cuenta de que la puerta permanecía tan cerrada como antes de introducirla. Intentó una y otra vez, y por fin, el frío de la madrugada la obligó a pegar la puerta varias veces y pedir el auxilio de Ramiro. Pero Ramiro sólo se asomó a una ventana y le dijo:

—¿Te divertiste, mi amor? Siento que no te he podido dar lo que quieres, pero veo que tienes la manera de conseguirlo de todos modos. Tus padres estarán muy interesados en lo que tengo que contarles de ti.

—¡No, por favor! —insistió Hilaria—. Si me dejas entrar, te daré todo lo que quieras. Nuestro hogar será todo un paraíso de delicias amorosas.

—¿Cómo puedo admitirte en mi cama ya que no sirves para nada, sino para convertirme en el hazmerreír de la ciudad?

—¡No puedes estar hablando en serio! Si no me dejas entrar, te juro que prefiero tirarme en este pozo que explicar todo a mis padres.

Cerca de la casa había un pozo público de mucha profundidad. Hilaria se acercó al pozo repitiendo su amenaza, pero Ramiro se quedó quieto esperando lo que iba a hacer. Con mucha desteridad, Hilaria levantó una piedra grande y se acercó al pozo donde empezó a inclinarse peligrosamente. La oscuridad no permitía a Ramiro ver bien, pero

estaba seguro de que Hilaria no cumpliría su amenaza de suicidio. No obstante, en unos breves instantes que parecieron una eternidad, se oyó un sonido horrible como de un objeto pesado cayendo al agua desde muy arriba de la superficie. Empezó a gritar por Hilaria, pero no había respuesta. Ya bastante alterado y arrepentido salió de la casa y empezó a gritar dentro del pozo, pero no podía ver ni escuchar nada, mientras tanto Hilaria se había deslizado hacia la casa sin ser vista y cerró la puerta dejando su esposo afuera:

—¡Abre esta puerta, zorra! ¿Cómo puedes hacerme esto?

—Pues lo hice y ya —dijo Hilaria—, y mucho más te va a pasar cuando mis padres y los tuyos se enteren de que te emborrachas con tus compañeros y llegas aquí demasiado débil para cumplir tus deberes de hombre y darles nietos.

—Y así fue que, a pesar de sus antecedentes infames y la evidencia abrumadora en su contra, todos creyeron más en Hilaria que en Ramiro, quien acabó sus días en vergüenza, mientras no le quedaba otra opción que dejar a Hilaria engatusar a todos los incautos, quienes la creían redimida.

—Puede ser, Anselmo, que tu Hilaria no sea un buen ejemplo de una mujer virtuosa —dijo Rodrigo—, pero tampoco es justo encerrar a un espíritu tan libre y lleno de vida. Aparte, un hombre borracho es una plaga para el matrimonio y hasta yo puedo afirmar que todo esto fue una mejor lección para Ramiro que para Hilaria. Ahora yo quiero contar un cuento de cómo se puede conseguir la paz entre dos poderosos enemigos a través de las virtudes y la sabiduría de una mujer excepcional.



LOS TRES COFRES

Este cuento es de la época del emperador Honorio, que tenía unos problemas fuertes con un rey de Asturias que llevaba por nombre Godofredo. Las familias de Honorio y Godofredo eran enemigas acérrimas desde tiempos ancestrales, y aunque Honorio tenía toda la fuerza del imperio a su lado, no podía con este reino de España relativamente pequeño, pero aislado y distante. Por su parte, Godofredo, agobiado por tantos años de guerra, pensaba:

“Honorio tiene un hijo conocido por su virtud y yo tengo una hija verdaderamente angelical que todo el mundo adora. Si pudiéramos unir a su hijo con mi hija en matrimonio, todos nuestros problemas se resolverían y podríamos vivir en paz y prosperidad.”

Con este propósito, Godofredo mandó un grupo de mensajeros, soldados y embajadores junto con muchos regalos en plata, oro y piedras preciosas para conseguir primero una tregua con el emperador, y luego para poder hablar de esta posible unión. El grupo llegó al palacio del emperador con todas las señales necesarias para demostrar que era pacífico, y sus integrantes plantearon con razonamientos y halagos la petición del rey Godofredo ante el emperador, quien, ya ablandado de temperamento por estos razonamientos, dijo:

—Les doy un año de tregua para regresar a su reino y decirle que quiero ver al rey aquí dentro de un plazo de seis meses.

Al regresar la comitiva a Asturias, el rey Godofredo estaba muy contento con las noticias y, para no perder el tiempo, llegó a Roma en cuatro meses, dos meses antes del plazo concedido por el emperador. En fin, la respuesta del emperador fue favorable, pero dictó dos condi-

ciones: la primera era que la hija del rey fuera virgen comprobable, y que al fallecer el rey Godofredo, su reino fuera anexado al Imperio romano sin otra ley que la de Roma. Sin más titubeos, Godofredo aceptó estas dos condiciones ya que, según esto, algún día su hija sería esposa del emperador de Roma. Con órdenes de mandar a su hija a Roma en cuanto regresara a Asturias, llegó a su corte mucho más feliz que cuando la había dejado.

Pero aquí haremos pausa para hablar un poco de la hija de Godofredo. Su nombre era Fortunata y era un nombre bien acertado por sus padres, porque parecía que todos los habitantes de los cielos sonrieron el día en que nació. Su carácter desarmaba al agresor más decidido en cometer atrocidades. Con una sola mirada de Fortunata, su padre falló a favor de maleantes, ladrones y todos los demás indeseables de la sociedad. Por si eso fuera poco, ellos, hipnotizados por esta visión celestial, vivían vidas ejemplares hasta su último suspiro, agradecidos por el perdón que el rey les había otorgado. En cuanto a su apariencia física, los escultores, pintores y otros artistas la usaban como modelo para sus mejores retratos de santas, ángeles y querubines; una perfecta armonía entre lo divino y lo bello que todos los feligreses podrían reconocer en las iglesias de la comarca.

En cuanto a Juvencio, el hijo del emperador, era un joven completamente inocente y bondadoso. Tenía fama de ser guapo y se portaba como todo un caballero ejemplar con todas las damas de la corte que pugnaban por el honor de desmayarse a causa de sus miradas. Aunque era de una nobleza más alta que Fortunata, no era tan noble de carácter, pero todo parece indicar que los dos harían una pareja perfecta a lo que se refiere a estabilidad matrimonial y política; en fin, una boda real hecha en el cielo.

Al regresar a España, el rey Godofredo decidió mandar a su hija por mar para acortar su viaje a Roma con el fin de agilizar el asunto, pero era muy ingenuo de su parte pensar que los peligros terrestres eran peores que los peligros marinos. Ya decidido, juntó un séquito de marineros, soldados, criados y criadas, todos dedicados a asegurar que Fortunata llegaría a su destino sana y salva, y hasta oportunamente. Con la nave repleta de su séquito, tripulación y suficientes provisiones, zarparon para un viaje de tres meses. Sin embargo, justo antes de entrar por el estrecho de Gibraltar vieron a la distancia un monstruo marítimo dos veces el ta-

maño de su nave que provocaba olas de la altura de tres hombres con cada movimiento de su inmensa cola. No dejaba de seguirlos, así que los marineros y los soldados quedaron despiertos de guardia, pero al tercer día en la noche, el sueño los venció a todos.

Como Dios manda, el sol amaneció afuera como todos los días, pero para Fortunata y su séquito seguía de noche. Prendieron una fogata para ver qué pasaba y nada más vieron como tablas que parecían costillas y tejidos rojizos y húmedos que se expandían y contraían con lo que parecían ser las respiraciones de la bestia. La conclusión de su breve pesquisa fue innegable, ¡el monstruo había tragado la nave con todos adentro! El pánico a bordo era implacable. Hasta los militares, acostumbrados al peligro, encomendaban ya sus almas a su Creador, y el griterío era tan tremendo que toda la escena parecía un retrato del infierno con lujo de detalle. Pero Fortunata, después de que todos se cansaron un poco de tanta emoción, les dijo con una voz reconfortante y autoritaria a la vez:

—¡Cálmense todos! Yo he leído sobre estos monstruos en uno de los volúmenes antiguos de historia natural que tiene mi padre en su biblioteca, y resulta que si se prende un fuego muy grande en las entrañas de estas bestias, se dirigen desesperadas a la tierra y expulsan lo que tienen adentro. Necesitamos poner una fogata todavía más grande que esta para ver si funciona, y recemos a Dios que nos lleve a tierra de gente cristiana.

Con todo esto empezaron a echar casi toda la leña que tenían en las cazuelas grandes que usaban para contener el fuego, y de repente empezaron a sentir un movimiento brusco por debajo. Según uno de los navegadores, estaban dirigiéndose hacia el noreste con mucha rapidez, aunque no podía estar muy seguro de la distancia sin poder ver las estrellas. Después de dos días dirigidos en el mismo rumbo a una velocidad constante, y ya ocupando maderas del casco de la nave para hacer más fuego, sintieron un golpe fuerte como si hubieran encallado con algo. Este choque brusco fue acompañado por un impulso todavía más fuerte a la manera de una tos y pronto vieron la luz del día como si estuvieran al final de un túnel, y con otra tos repentina, todos salieron casi volando de las entrañas del monstruo llevados por un viento maloliente hacia una playa que parecía parte de una isla. El monstruo, agotado y triste, se deslizó con un gesto débil hacia el mar y se fue.

Resulta que allí cerca había un grupo de soldados de guardia que vieron todo y se apuraron para ver qué había sucedido. El sargento les preguntó primero con un tono que no ocultaba su asombro:

—¿De dónde vienen? ¿Cómo llegaron hasta aquí? ¿Se encuentran bien?

Fortunata, ya agotada de la aventura, pudo divisar que eran soldados del emperador por los estandartes que tenían, y cayó a sus pies y les pidió ayuda entre sollozos. Se enteró Fortunata que estaban en la isla de Córcega y que era efectivamente territorio del emperador de Roma, y al contarles sobre el motivo de su viaje los soldados fueron más que hospitalarios, y movieron cielo y tierra para darles de comer, beber, ropa nueva y un lugar digno, aunque humilde, para dormir hasta que estuvieran totalmente recuperados de los infortunios del camino y hasta que pudieran traer una nave con órdenes del emperador para llevarlos a Roma.

Decir que la nave que trajeron para Fortunata y su séquito era digno de un emperador era poco. Era grande y plana con un sistema de mecanismos desconocidos por debajo para no sentir los movimientos de las olas. Había todo un ejército de criados y criadas para satisfacer cualquier deseo que tenían los rescatados, y hasta hubo baños calientes y perfumados para quitar el dolor de los músculos y traer el sueño antes de dormir entre sábanas de seda.

Pero todos estos lujos eran insignificantes en comparación con lo que vieron en Roma, y cuando el emperador por fin vio a Fortunata quedó tan maravillado con ella como los náufragos con los lujos del palacio. El emperador estaba convencido de que era la esposa perfecta para su hijo Juvencio, pero primero era la tradición de su dinastía de probar a las novias o a los novios a través de tres cofres que tenía:

—¡Bendito sea Dios que llegaste a Roma, hija mía, después de tantas peripecias! Yo estoy seguro de que estás aquí porque Dios mismo lo ordena. Sin embargo, hay una prueba que te tengo que hacer primero. Tienes que escoger uno entre estos tres cofres, y recuerda, tu futuro con mi hijo depende de tu opción.

Con esto mandó traer los tres cofres y dejó a la joven examinarlos. El primero era de oro purísimo con piedras preciosas que reflejaban una brillantez que hasta cegaba los ojos. Sobre este cofre había una inscripción: “Quien me haya abierto habrá encontrado lo que merece”.

Pero, lo que no podía ver Fortunata es que adentro del cofre había huesos de muertos. El segundo cofre, a su vez, era de plata purísima, con gemas incrustadas alrededor y con la siguiente inscripción: “Quien me haya elegido, habrá encontrado lo que la naturaleza otorga”. Pero escondido dentro del cofre, había pura tierra. El tercer cofre, sin embargo, no tenía nada de atractivo, porque estaba hecho de plomo con la inscripción: “Es preferible elegir este cofre que quedarse con todo el tesoro del rey”. Dentro del cofre Fortunata no podía ver tres anillos de oro con piedras preciosas.

Como se puede imaginar, Fortunata deliberaba y deliberaba, pero finalmente decidió que los primeros dos, tan bonitos en la superficie, habían de esconder algo desagradable abajo, ya que desde niña, sus padres le habían enseñado que las riquezas son trampas e ilusiones para llevar a los mortales a su perdición, mientras el plomo demostraría su humildad y su desprecio a los bienes terrenales.

—Escojo el cofre de plomo —dijo finalmente.

El emperador estaba fuera de sí, con alegría, y pronto abrió el cofre de plomo y sacó los tres anillos.

—Estos anillos mágicos son para mí, para ti y para mi hijo. Simbolizan la unión entre nuestras dos familias y los pondremos en el día de la boda para que haya paz en todo el mundo hasta el fin de nuestros días.

Así que gracias a la virtud y valor de Fortunata hubo paz y tranquilidad hasta el fin de sus días y esta unión produjo a otros emperadores y príncipes y reyes que respetaban mutuamente sus territorios y las leyes.

—Tu cuento me parece un poco sospechoso —dijo Anselmo—, porque yo no veo tanta paz ni buena voluntad hoy en día por parte de los gobernantes.

—Me temo que el cuento es un tanto viejo —dijo Rodrigo.

—Y un poco largo y moralizante —interrumpió Anselmo—, yo me encargo de calentar esta velada con un poco de buen humor.



LA MUJER QUE HACÍA COLCHAS

Plutarco, aunque recién casado, le llevaba varios años a su esposa Justina que era, por lo menos en la superficie, el ejemplo ideal de la pulcritud y de la vida doméstica. Sin embargo, Plutarco tenía el solo defecto de ser algo celoso, y francamente tenía bastante motivo para serlo. La belleza y encantos de su esposa hacían de ella la anfitriona perfecta dentro de la casa, donde un grupo grande pero selecto de invitados acudía a sus banquetes con la sola intención de contemplarla. Sin embargo, fuera de la protección del hogar estaba expuesta a los peligros del sector masculino de la sociedad, y sobre todo de aquel sector que codiciaba la fortuna de su esposo y ambicionaba subir de rango social. En fin, la pobre pasaba la mayor parte del día en su casa y no podía invitar a nadie, a menos que fueran mujeres de una edad demasiado avanzada para asociarse con jóvenes en la calle.

Como es de entender, Justina pasaba la mayoría del tiempo triste, mirando por el balcón que daba a la calle y resultó que un día espío a un lechero que pasaba enfrente de su casa de regreso del mercado, como a las nueve de la mañana. Era un joven fuerte, alto y con músculos bien desarrollados por cargar cubetas de leche, y parecía como una versión terrenal de las estatuas de héroes mitológicos en la plaza pública. Pero este espectáculo causaba más tristeza que alegría en la joven Justina por la misma imposibilidad de obtener sus deseos.

Un día estaba meditando distraídamente sobre sus infortunios, cuando doña Águeda, una vendedora de colchas elaboradas por sus propias manos, tocó la puerta de Justina. Al notar la expresión lejana y triste en la cara de Justina, doña Águeda dejó su discurso ya trillado sobre las virtudes de sus colchas y asumió su papel de “sanacorazones”:

—Perdona la indiscreción, hijita, pero ¿qué podría turbar la felicidad de una joven tan bella y acaudalada? —preguntó doña Águeda.

—¡Ay, señora! Soy una recién casada con un hombre de mucha riqueza material, pero yo soy la más pobre y desdichada en cuestiones de amor, y si esto le parece poco, por los celos de mi marido me tiene aquí bien guardada, tal como si fuera su oro y su plata, y sin posibilidad de unirme con el lechero que me roba el corazón todos los días desde allá afuera en la calle.

Doña Águeda trató de consolar a la joven de mil maneras, pero no pudo convencerla hasta que dijo:

—No te preocupes, yo te traigo a tu joven lechero aquí y nada más te va a costar el precio de una colcha matrimonial que tengo en mi casa.

Con esto, doña Águeda se despidió y Justina quedó más tranquila, aunque confundida de cómo la viejita le iba a dar solución a todo esto. Resulta que al día siguiente doña Águeda alcanzó al apuesto lechero en el mercado y le platicó de Justina, atestiguó sobre su belleza y los amores que tenía por él. Ahora, ¿cuál joven resistiría una promesa de una aventura placentera de este tipo? Se pusieron de acuerdo para verse en la casa de doña Águeda, donde lo enrolló en la colcha, y con la ayuda de dos muchachos fornidos, de estos que se prestan a llevar cargas, guió a todos a la puerta de Justina, donde despidió a los muchachos con unas cuantas monedas.

—¿Es esta la colcha que me prometió usted? —le preguntó Justina.

—Esta y mucho más. Trae algo adentro que creo que le va a agradar.

Arrastraron el bulto hacia adentro de la casa, y la viejita, con la ayuda de Justina, desenrolló la colcha exponiendo al joven ya un poco mareado y con falta de aire, pero sonriente y con muchas ganas de complacer los deseos de la joven. A su vez, Justina tenía muchas ansias por estar a solas con su nuevo compañero, pero insistió en que doña Águeda se quedara esperando a gusto en la casa para que los tres cenaran, antes de que doña Águeda y el joven se fueran de la misma manera en que vinieron.

Así que, después de saciar su apetito en la cama, los dos amantes bajaron la escalera casi cojeando por el ejercicio que hicieron, para poder cenar con doña Águeda, quien aprovechando de la ausencia de los criados, ya había adelantado con el agotamiento de las reservas de los vinos de la cava de Plutarco. Pero justo cuando estaban más entregados

a este bacanal, el esposo celoso regresó repentinamente a casa y, peor aún, estaba de mal humor y cansado. Apenas habían escondido al lechero en uno de los aposentos en la parte posterior de la casa cuando Plutarco llegó al comedor:

—¿Qué sucede aquí? ¿Quién es esta señora? —preguntó Plutarco gruñendo con agresividad.

—Cariño, no te enojés, ella es doña Águeda y vende colchas que borda a mano —dijo Justina muy calmada—, ella está muy cansada por vender colchas en la calle y la invité a cenar con nosotros.

—Está bien —dijo Plutarco ya un tanto apaciguado—, ahora si me disculpan, voy a la cama.

—¡No señor, qué va! —exclamó doña Águeda—. No antes de que le enseñemos la colcha que acaba de comprar Justina.

Y sin más preámbulo, doña Águeda fue por la colcha y agarró un extremo e indicó a Justina que agarrara el otro para extender la colcha como suerte de telón. Era una verdadera obra de arte, y mientras Plutarco contemplaba las escenas de caza y la vida agrícola dignas de los artesanos flamencos de más renombre, el gallardo lechero aprovechó para salir del escondite improvisado y escaparse por una ventana que daba a la calle detrás de la casa. Tenía que brincar un piso y, como un gato en una exploración nocturna, logró tocar tierra sin ser escuchado dentro de la casa y sin ser visto desde la calle.

—La verdad es una colcha muy bonita, señora —comentó Plutarco—. ¿Ha hecho muchas de este tipo?

—Claro que sí señor, tengo hechas varias de este tipo y no podría imaginar usted la utilidad que tienen —dijo doña Águeda con un tono sincero de orgullo profesional.

—Se ve que te gusta mucho, cariño —observó Justina—, ahora paga la colcha y te la extenderemos sobre la cama para que duermas con los angelitos.

—Y así fue cómo le pusieron los cuernos al pobre Plutarco y hasta pagó por el privilegio. Ahora no me puedes decir que ella no es una mujer mala.

—Estoy de acuerdo contigo, Anselmo, que los engaños siempre son malos y merecen un tipo de castigo, pero en el caso de un esposo excesivamente celoso que aparte no cumple con ciertos menesteres como los hom-

bres deben hacer; está pidiendo a gritos su propia desgracia, y sólo por el hecho de estar casado no quiere decir que tiene también el derecho de condenarle a su mujer a una vida repleta de desdicha y soledad. Ahora escucha este cuento de cómo las apariencias pueden engañar y cómo una mujer que vende su cuerpo por dinero puede acabar siendo la heroína.

—Esto sí va a estar bueno —dijo Anselmo—, a ver por cuál arte de magia logras convencerme.

—Ya te adelantaste —dijo Rodrigo—. De hecho la magia tiene mucho que ver en este cuento.



LA LIBRA DE CARNE

Lucio, el rey de Aragón, tenía una hija renombrada, tanto por su sabiduría como por su hechicería. ¿Y cómo no iba a ser practicante de estas artes negras teniendo a su disposición los magos paganos más distinguidos de su padre? Se llamaba Valeria y era consentidísima, ya que ocupaba esta sabiduría en hacer diabluras con toda impunidad, porque el rey siempre venía al rescate y hasta aplaudía las travesuras de su hija. Una vez hipnotizó a los guardias del palacio y el rey no sabía qué hacer cuando unos lo despertaron una noche cantando como juglares desafinados y otros ladrando como perros, o saltando de las paredes como acróbatas o cloqueando como gallinas. Agregaba pociones a las bebidas en los banquetes para que las parejas más disparejas se enamoraran y coquetearan descaradamente enfrente de sus cónyuges legítimos. Como se puede imaginar, muchos banquetes terminaban a golpes en el palacio y Valeria casi fue motivo de guerras civiles desde muy tierna edad.

Con el tiempo, sus hechicerías crecían con sus encantos femeninos, y las dos cosas convertían a los hombres en títeres de sus caprichos, cada vez más eróticos. Recibía muchas ofertas de matrimonio de varios príncipes jóvenes e ilustres, pero queriendo ser cazadora y no cazada, siempre los rechazaba bajo un pretexto u otro.

Resulta que había un joven hidalgo de Aragón que llevaba por nombre Artemio, quien decidió hacer lo que nadie había hecho en la vida de la joven: ofrecer dinero por su amor. El acuerdo fue conducir a Artemio por unos pasillos más recónditos del palacio a los aposentos de la amada, y por la cantidad de mil escudos, iba a poder “acostarse”

con ella toda la noche. Artemio pagó con mucho gusto los mil escudos y entró a la cama antes que ella, quien primero quería prepararse en privado, pero en lo que parecía ser un abrir y cerrar de ojos surgió el diálogo siguiente:

—¿Ya estás lista, mi amor? Aquí estoy esperándote.

—¿Tú esperándome? ¡Mira nada más! Te esperé toda la noche.

¿No ves que ya está amaneciendo afuera?

Y así era, los rayos dorados de la aurora pintaban el paisaje como si fueran pinceles sobre un lienzo y penetraban dentro de la habitación acompañados por un concierto enérgico de los cantos de las aves que parecían burlarse de él con sus melodías chocarreras. Artemio no tenía derecho de quejarse, ya que el acuerdo era “acostarse” con ella toda la noche, y efectivamente es lo que hizo. No había la estipulación de estar despierto o no.

—La próxima vez, ahora sí no voy a dormir. ¿Cómo puedo acostarme contigo de nuevo?

—Pagando otros mil escudos, por supuesto.

Sin hacerle muy largo al cuento lo mismo sucedió cuatro veces en total y ya Artemio tenía un dilema. Estas aventuras frustradas agotaron sus finanzas y no podía pedir más sin que sospechara algo su papá, un hombre que se hizo rico siendo adulator del rey, que aparte hacía sus trabajos más facinerosos. Por eso, si su papá supiera del escándalo de pagar dinero para dormir con la hija del rey ¡ni pensarlo! Su único remedio era pedir dinero de uno de los prestamistas clandestinos en la ciudad. Fue a donde ellos contaban su dinero en unas bancas apartadas de la vía pública y sin saberlo escogió el peor de todos para sus necesidades, ya que su padre lo había arruinado con unas expropiaciones arbitrarias ordenadas por el rey y le había costado mucho trabajo volver a levantar su fortuna. En otras palabras, aunque Artemio le dio un nombre falso y acudió disfrazado, estaba a punto de pedir dinero de un enemigo que, aparte de reconocer al joven, lo odiaba a muerte.

—¿Cuánto dinero quiere? —preguntó el prestamista fingiendo no reconocer al cliente nuevo.

—Mil escudos, ¿qué me vas a pedir de garantía por el dinero?

—Si no me pagas en el tiempo estipulado, tendré el derecho de quitarte una libra de carne de cualquier parte del cuerpo que me complazca.

Esta garantía se le hizo rara al joven, quien no detectó el odio en la mirada del prestamista, pero como el amor es ciego, le dijo al prestamista que estaba de acuerdo; después de todo, tenía dos meses para conseguir el dinero y lo podía hacer fácilmente de los negocios que hacía en conjunto con su padre. Sólo había otra parada antes de ir otra vez con Valeria. Fue a hablar con un mago que su padre conocía y le describió qué pasaba con “una joven que lo dormía” antes de poder hacer el amor con ella.

—Es muy sencillo —dijo el mago—, ella ha de tener escondido un documento debajo de una almohada con una serie de dibujos y números que entrelazan el ritmo corporal de uno con ciertos ritmos astrales. Si tú puedes lograr quitárselo, no tendrá poder sobre ti y podrás hacer con ella lo que te dé la gana.

Artemio no perdió nada de tiempo. Se puso de acuerdo con Valeria, llevó los mil escudos y cuando se metió en la cama a su espera encontró el dichoso documento que sirvió de encanto. Era un documento muy raro lleno de animales extraños mitad humanos y mitad dragones, caballos y águilas. Había conjuntos de estrellas dibujados con líneas entre ellas que formaban otros seres fantásticos y muchos números, símbolos y letras de todos sabores y colores que no podía desentrañar. Rompió el documento y lo tiró lejos de la cama, y cuando regresó Valeria, ella se asustó naturalmente por encontrarlo todavía despierto con cara de lujurioso.

—Ahora sí, voy a reclamar lo que he pagado —dijo Artemio.

—¡No, por favor, te devuelvo todo tu dinero si me dejas en paz!

—¡De ninguna manera! Después de todo, lo único que quiero eres tú.

La pobre Valeria no podía resistir la fuerza física de Artemio y al principio sólo mostró asco sincero, que luego se convirtió en asco fingido, y luego cambió de la entrega no tan fingida a la pasión total. Al amanecer, ya no podía negar lo obvio: se estaba enamorando del joven Artemio. Parece que por resistir el amor tanto tiempo, experimentó una especie de reacción opuesta y metía a Artemio en su escondite todas las noches sin costo alguno y empleaba sus encantos más bien para facilitar su placer en vez de obstaculizarlo.

Sin embargo, este paraíso amoroso se acabó dos meses después, cuando Artemio, ya totalmente insolvente, fue detenido en la calle

por oficiales del tribunal para saldar cuentas con el prestamista. Para colmo, aunque su padre supiera de su apuro, no le podía dar el dinero prometido de los negocios, ya que todavía estaban pendientes; así que Artemio mandó por uno de los mensajeros secretos de Valeria con la siguiente petición penosa:

—Si no le pago a tiempo al prestamista y en el tiempo estipulado, me va a cortar una libra de carne de cualquier parte del cuerpo que a él se le antoje.

—No se preocupe, estoy seguro de que Valeria le dará el doble del dinero —respondió el mensajero ingenuamente, seguro de una salida fácil.

El mensajero regresó al tribunal con el dinero, pero el prestamista no aceptaba ni el doble de la cantidad; quería su libra de carne y ya. El juez, después de estudiar el contrato, le dio la razón al prestamista, ordenó que se quedara Artemio en la cárcel y le dio un plazo de dos días para arreglar sus asuntos a través de mensajeros oficiales del tribunal. El pobre joven estaba desesperado porque no podía mandar a los mensajeros del tribunal ni con su papá, ni muchísimo menos con Valeria.

Afortunadamente Valeria, ya enterada de la terquedad del prestamista, usó su magia para convertirse en un joven de nombre Marcelo, un abogado recién recibido de su carrera a quien le interesaba mucho el caso, y convenció al juez de que sólo él representaría a Artemio sin intermediarios ni mensajeros. Todos se maravillaron de la aparición de Marcelo, ya que llegó al tribunal cuando la cirugía macabra estaba a punto de llevarse a cabo. Después de presentarse entre muchas murmuraciones inquietantes, Marcelo empezó con sus argumentos:

—Mi querido prestamista, ¿qué provecho sacas de la muerte de este joven?, ¿no le conviene recibir oro y plata en las cantidades que quiera en vez de verlo morir?

—Mi querido licenciado, si me pudieras dar todo el imperio no lo concedería —dijo tajantemente el prestamista.

Después de otros razonamientos y vericuetos en los argumentos y hasta ofertas inútiles de grandes cantidades de dinero, joyas y hasta tierras, el prestamista seguía firme en su resolución y Marcelo sorprendió a todos con su resignación:

—Su señoría, así son las cosas, que ni por súplicas ni por bienes que se le ha ofrecido se puede convencer a este prestamista. Pido de in-

mediato que cumpla usted con la ley tanto por parte del joven, como por parte del prestamista.

—Lo que la ley mande y así sea —dijo el juez.

Pero mientras amarraban a Artemio y el prestamista afilaba su cuchillo y revisaba sus balanzas, de repente Marcelo prosiguió de la siguiente forma, con una chispa de inspiración apenas visible en su cara:

—Dime, ¿en qué parte del cuerpo desea cortar la carne?

—En el pecho donde yace el corazón —respondió el prestamista, y Marcelo le dijo al juez:

—Su señoría, usted me daba la razón cuando le pedí hacer justicia, tanto con el joven como con el prestamista. Así que le pido de manera inmediata el beneficio de la ley que el rey mismo estipula así: “quienquiera que derrame la sangre de otro, que la sangre del agresor sea derramada por la víctima”. Este joven nada más hizo el acuerdo para cortar su carne y no para derramar su sangre. Así que cumpla con su contrato señor prestamista y en cualquier parte que quiera de todo su cuerpo, pero tenga cuidado de no derramar ni una gota de sangre, ya que si lo hace, recibirá el beneficio de la ley.

—¿Cómo voy a quitar carne sin derramar sangre? Si así son las cosas, págume mi dinero y desisto cualquier acción judicial que tengo en su contra —dijo el prestamista.

—Le digo que no va a conseguir ni un sólo maravedí de él, ya que delante de todos le fue ofrecido mucho más dinero que la cantidad del acuerdo inicial y usted lo rechazó —dijo Marcelo—. Señor juez, yo insisto en la inocencia de mi cliente, ya que su deuda fue anulada por el mismo prestamista.

El juez con mucho gusto declaró a Artemio inocente y despidió al prestamista, quien salió del tribunal como un perro golpeado. Después del juicio, Marcelo tuvo que apurarse para convertirse de nuevo en Valeria y estar esperando a Artemio en sus aposentos. Cuando él llegó a su lugar secreto, como siempre le contó todo a Valeria tal como sucedió.

—Puede ser que este Marcelo parecía hombre, pero tenía la astucia de una mujer —dijo Valeria.

—¿Cómo puede haber sido una mujer? Las mujeres no pueden razonar con tanta destreza —dijo Artemio.

—¿Dónde está este tal Marcelo? —preguntó Valeria.

—No sé, se fue como relámpago después del juicio —respondió Artemio.

—¿Lo reconocerías si lo vieras?

—Claro que sí. En un parpadeo.

Con esto Valeria se metió detrás de una cortina y regresó otra vez vestida de Marcelo. Artemio no sabía qué hacer sino cubrirle de besos y agradecimientos a su salvadora, y para colmar su felicidad pronto consiguieron permiso para casarse del padre de Valeria, ansioso por perpetuar su linaje real, y del padre de Artemio, ansioso por casar a su hijo con una princesa. Vivieron felices hasta su muerte, procrearon muchos hijos sin acudir a la magia y sin que nadie supiera nunca de las aventuras que tuvieron al conocerse.

—Su historia no me convence mucho por las referencias fantasiosas que tiene. Ahora vamos a regresar a la brusca realidad donde la mujer emplea su astucia a su antojo y donde el único instrumento mágico es su bocota en vez de papelitos mágicos —dijo Anselmo.



EL HOMBRE QUE CREYÓ LO QUE OYÓ Y NO LO QUE VIO

Policarpio era un hombre bueno que trabajaba duro por el proverbial pan de cada día y, aunque no era rico que digamos, vivía bien y era de mejor familia que su esposa, Mariana, quien traía un dote corto de fondos, pero rico en belleza física que era notable en la región. El problema es que con mucha frecuencia la belleza va acompañada con un carácter muy duro que nada más busca su propio placer sin pensar en las consecuencias que sus comportamientos pueden provocar en los demás.

Por otro lado, Policarpio era de un estado anímico muy diferente. Aunque era un carpintero confiado en su talento y podía negociar sin piedad con clientes, en los asuntos domésticos era como un cachorro tímido que obedecía las órdenes de Mariana al pie de la letra. Aparte, tenía una ingenuidad increíble que lo convertía en el hazmerreír del pueblo, porque todo el mundo sabía lo que él mismo rehusaba a creer: que su esposa lo engañaba descaradamente con varios hombres a la vez. Ya con el tiempo, uno de sus mejores amigos, harto de su indiferencia y hasta conformidad que atentaban en contra de su reputación como hombre, le propuso la siguiente prueba para que él mismo se diera cuenta de lo que pasaba frente de las narices de todos los demás:

—Mira, Policarpio, dile a Mariana que tienes que ir a trabajar en una casa en el campo y que vas a estar ausente varios días, y en vez de ir al campo ven a mi casa donde la podemos espiar desde el techo. Cuando salga, tú entra sin que ella se dé cuenta y escóndete debajo de la cama. La víbora no ha de tardar en traer a su amante a tu cama y sabrás todo.

Policarpio estuvo de acuerdo y le dijo a Mariana esa misma tarde que tenía que ausentarse unos días y que la dejaba a cargo de toda la casa. No se requiere de mucho esfuerzo para imaginar que las horas que quedaban antes de la partida de Policarpio se convirtieron en una eternidad para Mariana. Por fin, al despedirse ansiosamente de su esposo, y después de esperar un tiempo breve poco prudente, se fue con su amante que era vecino de ellos y lo invitó a la casa para pasar unos días juntos, entregados a las pasiones más desenfrenadas.

Por su lado, Policarpio recibió más consejos de su amigo desde el techo de su casa, mientras espiaba la suya para ver si salía Mariana a un encargo. No tuvo que esperar más de media hora cuando surgió su oportunidad y se metió en la casa debajo de la cama. Ya llegada la noche, lo despertaron los movimientos rítmicos de la pareja, arriba de su cabeza, en su propia cama, pero en vez de indignarse sólo pensaba con orgullo en el hecho de que su cama aguantaba bien el peso, ya que las tablas se doblaban, pero no se rompían con tanta actividad. Con estos pensamientos sobre sus logros profesionales, se volvió a dormir y salió su pie desde debajo de la cama y a la vista de Mariana, quien dijo sorprendida pero en voz baja y controlada a su amante:

—Pregúntame en voz alta a quién quiero más, a mi amante o a mi esposo.

El amante no sabía por qué tenía que hacer esta pregunta en ese momento y Mariana le señalaba el pie que salía desde debajo de la cama, y sabiendo que era un ardid de Mariana, con mucho gusto le hizo la pregunta, a lo cual Mariana contestó así:

—¿Por qué me preguntas tal cosa? ¿Cómo te atreves preguntarme si amo más a mi amante o a mi esposo? Mi esposo es mi amor legítimo y el amor más dulce del mundo no es otra cosa que lo que existe entre marido y mujer. Así que me vale más un dedo del pie de mi esposo que a mil amantes enteros. Tú eres muy impertinente y será mejor que te me vayas antes de insultarme de nuevo.

Con esto el amante se fue y el esposo se quedó debajo de la cama verdaderamente maravillado por la fidelidad, aunque sólo verbal, de su esposa. Cuando pudo, salió de la casa sigilosamente y regresó en el momento acordado días antes. El pobre trató a esa harpía como si fuera una reina, seguro de que lo que dijo era más de creer que lo que vio. Le servía la cena y le ponía bien las almohadas en la cama, y al salir de la recámara, dijo:

—Buenas noches, mi amor. Duerme bien, querida, ya que te cansaste bastante anoche con este joven.

—*Como puedes ver, Rodrigo —dijo Anselmo—, este cuento comprueba que el hombre debe cuidarse de los encantos de la mujer como de cualquier encanto o tentación del demonio.*

—*Mira, Anselmo —dijo Rodrigo—, el único detalle que yo acepto es que Mariana usó sus buenos razonamientos para propósitos malos, pero la mejor lucha en contra de los hechizos y las diabluras es la sabiduría, que es una virtud humana obviamente fuera del alcance de tu protagonista Policarpio. Ahora me gustaría reafirmar que hay magia buena y así mostrarte cómo una mujer la pudo usar para salir de una situación verdaderamente desesperante bajo el dominio de un hombre malévolo. Así que si me permites, prosigo con uno de mis cuentos de hadas favoritos.*



LA MUJER DE LA TORRE

Gumersindo era un hombre muy rico y había muchos que lo respetaban y hasta lo temían, pero al mismo tiempo era el ser más miserable del planeta. Tenía un gran caudal de dinero, joyas, tierras y todos los bienes materiales que podían satisfacer sus deseos más apremiantes, pero de valores humanos estaba en plena bancarrota. Viéndolo así, resulta lógico que sus riquezas fueran el único motivo que le permitió casarse con Rosalinda, la única hija de una familia también adinerada, pero siempre en pleitos fronterizos con los dominios de Gumersindo. Así que le tocaba a la pobre Rosalinda sacrificar su vida entregándose al monstruo Gumersindo para sellar los tratados de paz de una vez por todas.

Gumersindo era un personaje sacado de estos mitos horrendos de troles y otras especies de duendes que habitan los bosques más oscuros y recónditos. Cambiaba de ropa nada más en los días festivos, y sus modales en la mesa dejaban mucho que desear, ya que masticaba con la boca abierta, eructaba, limpiaba la boca con la manga de su camisa, lanzaba los huesos a los perros y se reía a carcajadas al verlos pelearse por ellos. Siempre tenía problemas de la nariz, que escurría sin parar, y una que otra vez quedó muy horrorizada Rosalinda al ver las gotas que le iban a caer encima mientras la mera bestia del infierno jadeaba sobre ella en su tálamo nupcial.

Rosalinda, sin embargo, resistía estos ataques salvajes de una manera heroica, inspirada sólo por sus fuerzas interiores, ya que ella representaba la unión perfecta entre la virtud, el valor y la belleza física, típica de esa clase de doncellas de los cuentos, donde acaban como víctimas rescatadas de un ser malvado y espeluznante de la estirpe de

Gumersindo. Para complementar la imagen de un cuento de hadas, Gumersindo la mantenía encerrada en una torre y sólo abría la puerta para dejar que las sirvientas le dieran de comer o hacer el aseo o para entrar él mismo a satisfacer con ella sus deseos más viles. Pero Rosalinda tenía un secreto: ya había encontrado su príncipe azul reflejado en un espejo mágico, pero el único detalle que faltaba era traerlo desde Francia a España y es, desgraciadamente, donde el espejo le fallaría.

Rosalinda había comprado el espejo mágico de una alcahueta justo antes de casarse con Gumersindo, y al verse reflejada en él, también se veía reflejada la cara de su verdadero amor. Además, el espejo tenía el valor adicional de transmitir la imagen de la persona que posee el espejo a los sueños del ser querido, y así le pasó a François, un caballero francés bastante apuesto y soltero que fue atormentado por la imagen de Rosalinda en sus sueños y se enamoró perdidamente de ella sin saber a ciencia cierta si existía o no. Un día se despidió de su familia y se fue a buscarla, primero por toda Francia, pero pronto decidió ir hacia el sur, porque creyó oírlo en el trascurso del sueño hablar en un romance salpicado con palabras y acentos moriscos y parecía, por una imagen visual onírica, llevar ropas como las miniaturas de los españoles que había visto en libros y enciclopedias de las bibliotecas de sus maestros. Pasó los meses ganándose la vida como mercenario en pleitos locales, pero nunca se entregó a la tentación de casarse con las hijas de los padres agradecidos que lo contrataban. Pero ya casi cumplía el año en estas andanzas cuando, montado sobre su caballo, pasó por una torre, y de repente cayó un guante sobre su cara. Miró hacia arriba y allí estaba Rosalinda.

—¡Tú eres la mujer de mis sueños! —dijo François—. ¡Tú, mi musa y la única divinidad a quien sacrificaría mi corazón! ¡Baja para poder verte mejor y tenerte y defenderte para siempre!

—¡Sí, soy yo! Me llamo Rosalinda y tú François. Habla más callado, por favor. Mi esposo te oirá y es un monstruo con quien hasta un caballero fuerte y joven como tú no querrá lidiar. No puedo bajar, porque me tiene encerrada en contra de mi voluntad en esta torre.

—¡Entonces hablaré con él, y si es necesario, en una lucha a muerte veremos con quién te quedas!

—¡No, por lo que más quieras! Lo más indicado es entablar una amistad con él y ganar su confianza. Como es fácil de manipular

con lisonjas, las amistades lo ciegan. Luego veremos cómo podremos estar juntos.

Entonces François empezó a ganar la confianza de Gumersindo haciendo lo que siempre hacía, peleando con los enemigos y ganando sus tierras y bienes en luchas campales por toda la región. Después de varios meses en estos encargos, Gumersindo por fin le propuso que podía construir su propio castillo junto al suyo, en símbolo de su amistad y la unión que tenían. François no era nada tonto, escogió construir su castillo junto a la pared de la torre donde estaba encerrada Rosalinda, y Gumersindo con mucho gusto le dijo que sí. Así que François no perdió nada de tiempo en construir su castillo, y sin que Gumersindo se diera cuenta, agregó una puerta secreta hecha con la misma piedra que la pared para tener acceso rápido a la torre de Rosalinda mientras Gumersindo estaba ausente cazando o entreteniéndose espantando a sus vecinos con su aspecto y sus gritos horripilantes. Para Rosalinda y François los recuerdos de las primeras noches de pasión poblaban los días y eran el producto de su primer descuido que casi arruinó todo. Resulta que Rosalinda le había dado su anillo de bodas a François quien lo portó con mucho orgullo hasta que se le olvidó que lo tenía puesto mientras hablaba con Gumersindo.

—¡Qué raro! —dijo Gumersindo—, este anillo es igualito al que le di a Rosalinda.

—Me lo dio un príncipe en Barcelona en agradecimiento de quitarle un enemigo poderoso de encima. Ha de ser del mismo joyero, ya que es de aquí cerca.

Gumersindo no expresó nada sobre sus sospechas y decidió ir después a ver a Rosalinda para preguntar sobre el anillo. François, al notar la inquietud en su cara, se despidió de él para regresar a su casa bajo pretexto de un encargo inventado, subió la torre y le devolvió el anillo a Rosalinda. De regreso llegó al fondo de la escalera, entró a su casa y la puerta secreta apenas había dejado de sonar cuando Gumersindo empezó a quitar los candados de la torre, para subir y ver el anillo donde siempre estaba, sobre el dedo de su esposa amada.

Fue este pequeño accidente la razón por la que, a partir de ese momento, Rosalinda y François dedicaban menos tiempo a la cama y más tiempo para tramar su escape que giraba en torno a la siguiente declaración de François a Gumersindo, su amigo de toda la vida:

—Gumersindo, sabes que te estimo como un hermano. Por eso tengo un favor muy grande que pedirte. Decidí mandar por mi querida novia desde Francia para que nos casemos aquí y para que tú seas nuestro anfitrión y que nos hagas el honor de casarnos, ya que según nuestras costumbres no nos tiene que casar un sacerdote, sino la persona que más estimamos, luego regresaremos a nuestra tierra natal con recuerdos muy gratos de tu hospitalidad y amistad.

—Con mucho gusto —dijo Gumersindo—, no faltarán ni vino ni carne ni otras diversiones. Tú sólo avísame cuando llegue la novia.

Tres días después, François avisó a Gumersindo que ya había llegado su novia Marie y lo invitó para conocerla. Resulta, para el bien de los dos amantes, que Gumersindo era tan egoísta que ni siquiera pensó en llevar a Rosalinda para conocer a la pareja feliz, ya que la novia era Rosalinda misma, vestida como francesa, con ropa que François le mandó a hacer en secreto. Al presentarle a Marie, François explicó que era mala suerte para las novias hablar o mostrar la cara antes de la boda y que eran costumbres que los franceses heredaron de los árabes cuando ocuparon Francia por muchos siglos. Gumersindo creyó toda esta explicación apócrifa, porque era tan lento que ni siquiera reconocería a un árabe aunque estuviera justo enfrente de él, mucho menos si ocupaban por siglos Francia, España o la luna.

Aunque Gumersindo era lento, no era tan, tan, lento para no empezar a reconocer un aire de Rosalinda en los gestos y figura de Marie. Impulsado por sus celos, cuando se despidió de ellos decidió subir a la torre con el pretexto de contarle a Rosalinda sobre la boda que iba a haber entre el caballero y su novia. Pero Rosalinda, siendo más joven, ágil y enamorada que su esposo, había quitado su prenda “francesa” improvisada quedándose con su ropa normal, que llevaba abajo, y había subido a la torre minutos antes que su esposo, que ya llevaba una borrachera nada despreciable encima que lo arrastraba por la escalera.

—¡Qué raro es todo esto! —le dijo Gumersindo a Rosalinda—, ¡aunque no vi su cara ni la oí hablar, la francesa es igual a ti!

—Si era bonita, supongo que es tu idea de un cumplido. Ahora vete a dormir que hueles a vino.

La típica indiferencia y crueldad de Gumersindo con Rosalinda abrió camino a la etapa más crucial de su plan y que era la misma boda. No le mordía la conciencia ni en lo más mínimo que Rosalinda viera

todos los festejos preliminares de la boda desde la distancia segura de la torre, incluyendo los bailes, las justas, los cantos, las flores y otros juegos. Todo culminó en horas después, cuando por fin Gumersindo iba a unir a François y Rosalinda en sagrado matrimonio. Hasta Gumersindo insistió en obsequiarles él mismo el anillo de bodas que era de oro con incrustaciones de diamantes, ópalos, rubíes y esmeraldas. Los declaró hombre y mujer, sin oír más de Rosalinda que el obligatorio “yo acepto” con la voz cambiada, y los llevó por un camino de flores hasta el barco que Gumersindo había contratado para llevarlos de regreso a Francia. Los brindis y los juglares que acompañaban a la pareja también corrieron por cuenta del ogro y estuvieron varias horas más festejando junto al barco.

Pero ya era tiempo para zarpar con el fin de aprovechar la marea y fue en ese mismo momento, justo antes de perderse de vista, que Rosalinda descubrió la cara e hizo unas muecas muy feas a Gumersindo. En fin, como se puede imaginar, la primera vez que pensó en su esposa durante todas estas fiestas fue cuando la vio en los brazos de su verdadero amor, a quien él mismo se la había entregado, bajo sus propias narices asquerosas, en su propia casa, y hasta con su bendición.

—Pues te felicito, Rodrigo —dijo Anselmo—. Es un verdadero cuento de hadas con su final feliz que nadie puede creer. Yo no conozco ningún cuento donde la astucia de la mujer le convenga a nadie. Incluso, ni siquiera los animales inocentes están a salvo de sus ardides. A propósito, tengo un cuento de una pobre urraca que murió de una manera muy atroz por sólo querer quedar bien con su amo al vigilar a su mujer.

—Si tú insistes, cuéntalo —dijo Rodrigo—, pero te voy a decir desde el principio que nunca he oído de ningún cuento sobre urracas donde ellas salgan como héroes. Un juglar español, por ejemplo, le puso el nombre de doña Urraca a una trotaconventos que era capaz de todo y hasta la describía como el brazo derecho del mismísimo demonio. Sin embargo, la noche todavía no termina y aguantaría alegrarla con otro de tus cuentos, aunque tengan como tema los reclamos de justicia que crees que merece la pobre urraca.

—Te prometo no simpatizar demasiado con esta ave parlanchín.



LA URRACA ACUSADORA

Cirilo no sabía lo que le esperaba al casarse con Florentina. Pensó que estaba beneficiando a todos con este convenio matrimonial, ya que Florentina era del mismo estatus social que él, pero don Arístides, un mercader de cierto renombre y padre de Florentina, estaba pasando por una mala temporada de bajos fondos y no podía ofrecer mucha dote. Así que el suegro no tenía mayor posibilidad que ser un problema de liquidez para Cirilo hasta que resultaran exitosas unas inversiones que habían hecho juntos. Para ser honesto, Cirilo era tan optimista que simplemente estaba invirtiendo en la belleza de su esposa, que valía mucho más que sus negocios con el suegro.

Nunca podía definir exactamente el punto en donde yacían sus encantos. ¿Será su cara de risa que escondía una maldad o un secreto intrigante?, ¿o las curvas entre su cintura y costillas que invitaban ser encerradas por sus brazos, mientras de manera juguetona fingía resistir sus caricias? No, ciertamente era un conjunto de todo, incluyendo la voz que parecía imitar los pájaros más bellos de su jardín en una mañana primaveral. Sea lo que fuere, todo esto era una cruel ilusión, como escucharán a continuación.

Resulta que Cirilo no era el número uno en las opciones matrimoniales para Florentina. En efecto, el verdadero amor de Florentina era Ananías, un hombre muy apuesto pero no tan acaudalado como Cirilo, y su noviazgo fue alentado, tanto por don Arístides como por doña Aldegunda, su esposa. Así que era un complot entre los tres: el joven se aprovechó de los encantos corporales de Florentina, y a su vez, los suegros se aprovecharon de las arcas de Cirilo repletas hasta el borde.

El teatrillo llegó a tal punto que conversaciones como estas eran muy frecuentes entre Cirilo y sus suegros:

—No sé si es mi imaginación, pero veo a Florentina muy pensativa y pasa mucho tiempo espiando por el balcón, como si esperara a alguien, y cuando salgo unos días regreso para encontrar mi lado de la cama inusitadamente vencida, como si la ocuparan dos cuerpos en mi ausencia.

—¿Así que tú, un muchacho mocososo, te atreves a acusar a nuestra Florentina de adulterio? Ella es la verdadera flor de pureza e inocencia. Tú mismo lo afirmaste durante la boda en tus alabanzas sobre ella —gritaron los dos suegros al unísono, como si estuvieran cantando un madrigal de una sola partitura, aunque sabían perfectamente bien la validez de la queja.

—¡No, claro que no! —insistió Cirilo—, es sólo que... olvídenlo y mil disculpas. Supongo que debo tratar de descansar más... estoy un poco alterado de los nervios últimamente. Eso es todo.

Florinda gozaba de las cinco o seis noches por mes que Cirilo estaba afuera con total impunidad gracias al carácter fuerte de sus padres y la ingenuidad de Cirilo, quien por mucho tiempo prefirió creer en la inocencia de su esposa para no tener más altercados con los suegros y así vivir en paz. Sin embargo, las sospechas, como pequeños ratones al queso, empezaban a mordisquearle hasta que tuvo que averiguar lo que realmente pasaba. Resulta que uno de sus amigos había traído de tierras extrañas una urraca que podía copiar, con suficiente repetición, la voz humana. Cirilo pensó que si la compraba y la dejaba en una jaula arriba del balcón, podía aprender lo que sucedía en la recámara en su ausencia.

Así fue que compró la urraca, la amaestró para hablar sólo cuando le preguntaran directamente, ya que no quería que la urraca revelara su presencia antes de poder aprender sus secretos, y colgó la jaula con la urraca fuera de la vista, arriba de la salida al balcón. Inventó un pretexto para ausentarse varios días y, sin demora, Florentina invitó a Ananías a pasar unas noches de delicia con ella, bajo la protección de don Aristides y doña Aldegunda.

No mucho después de regresar, Cirilo a escondidas preguntó a la urraca qué había oído en su ausencia. Los resultados le asombraron bastante y tenía una mezcla de sentimientos que oscilaban entre

el rencor por ser burlado y la euforia por el triunfo de descubrir la infidelidad de su esposa y la complicidad de los suegros. Así que invitó a los suegros a cenar un día para “mostrarles una verdadera maravilla traída del Oriente”. Con todos reunidos en la mesa, Cirilo sacó la urraca y, después de una introducción sobre sus talentos vocales, sucedió lo que tenía que suceder:

—A ver, señora urraca, ¿qué has oído desde que estás aquí en la pared de mi recámara estos últimos días? —preguntó Cirilo a la urraca con una mirada sutil dirigida a sus comensales y con no bastante sarcasmo en el tono de voz. La urraca respondió repitiendo el siguiente diálogo:

—Te dije que no me pellizcaras allí... ¡Eres una bestia con tus uñas largas, mira mi espalda, perra! Soy tu perra pero te fascino, admítelo, bobo...

En fin, si Florentina reconocía estos y otros parlamentos aún más comprometedores, no lo mostraba con la cara, y los suegros voltearon todo el asunto como es de costumbre con su indignación.

—Es un truco de muy mal gusto —dijo don Aristides.

—Es obvio que esta urraca fue criada en un burdel —insistió doña Aldegunda.

Y todo el asunto quedó así, sin siquiera poner en discusión si el ave había aprendido estas cosas de Florentina y Ananías o de las ramearas y los marineros de los muelles. Pero Cirilo no se dio por vencido y el muy necio decidió esconder la urraca sobre otra ventana, en el otro extremo de la recámara, pero Florentina, que no era nada tonta, sabía que estaba allí. Así que la próxima vez que se ausentó Cirilo simplemente se instaló un par de días en otra parte de la ciudad donde nadie lo conocía. Por su lado, Ananías y Florentina decidieron desquitarse de la urraca dándole mucho que reportar. Cada noche juntaron cubetas de agua, pequeñas ramas encendidas y sartenes grandes con cucharones. Antes de hacer el amor, le echaron a la pobre urraca las ramas encendidas, seguidas por los cubetazos y hacían sonar estrepitosamente los sartenes con los cucharones. La pobre urraca estaba segura de que presenciaba en carne propia el fin del mundo cuando regresó Cirilo para pedir informes de la urraca.

—A ver, urraca preciosa, dime qué hay de nuevo con su ama y su amorcito.

—Truenos, relámpagos, lluvia, mucha lluvia, me quemé estoy sorda y ciega, ¡ayúdame!, ¡auuuk!

Al instante podía ver que la pobre urraca estaba en tal estado de incoherencia que imaginaba tormentas cuando no dejaba de brillar el sol. Engañándose a sí mismo, ya que una mentira nos puede confortar más que la verdad más obvia, descalificó lo que había dicho la urraca antes y la despachó al otro mundo, a donde van las urracas después de morir, y vivió el resto de sus días satisfecho con la veracidad de la mentira de la malvada Florentina y sus suegros.

—Estoy de acuerdo contigo, Anselmo —dijo Rodrigo después de pensar un rato—, la urraca no tenía la culpa de nada, sino seguir su naturaleza, tanto como Florentina tenía que seguir la suya con el fin de estar con el verdadero objeto de su amor. Sin embargo, yo me acuerdo de otro cuento de un ave acusadora donde el pajarero quería a la señora de la casa. Ante todos los rechazos de aquella señora tan casta y virtuosa, el pajarero decidió conseguir unos papagayos y les enseñó a decir barbaridades sobre ella y sus supuestos adulterios ante su esposo y unos amigos allí reunidos. Resulta que las visitas descubrieron el truco al determinar que los papagayos sólo podían decir estas cosas que les había enseñado el pajarero, ya que no tenían la más mínima idea de cómo contestar preguntas de una manera espontánea. Gracias a sus amigos, el esposo dirigió su ira hacia el pajarero y lo expulsó de la casa con un letrero encadenado a su cuello describiendo su crimen. Ahora Anselmo, vas a saber lo que es el verdadero amor. Un amor que no se fija ni en dinero ni en belleza, y además te enseñaré cómo el mismo amor puede ser un sacrificio que vale mucho la pena.



LA HIJA DEL PIRATA

A la joven Antonieta le tocó la suerte y la bendición de ser muy distinta a su padre don Cipriano. Esta diferencia provenía de que Antonieta era una verdadera bienhechora excelsa, mientras que su padre era un hombre muy rico, pero que había ganado toda su fortuna a través de la piratería en las costas de Cádiz, cerca del Estrecho de Gibraltar. Su manera nefasta de operar era la siguiente: aprovechando la ausencia de los faros en su región, era cuestión de conseguir una mula y una carreta para poner arriba de la carreta una suerte de faro pequeño, pero lo suficientemente luminoso para despistar a los navegantes que se guiaban por una luz ambulante que pensaban que estaba fija. Y movía la luz porque un arriero contratado por don Cipriano manejaba la carreta de un lado a otro durante la noche hasta que un barco encallaba en la costa por tratar de guiarse por el faro aparentemente estacionario como deben ser todos los faros. Al encallarse, una banda de piratas bajaba para robar todo lo que podía encontrar en el barco y mataba tanto a la tripulación como a los pasajeros que sobrevivían al naufragio, y si acaso viajaba alguna persona importante a bordo, se la llevaban presa para pedir un rescate cuantioso a sus familiares.

Durante su infancia, Antonieta no se daba cuenta de todas la fechorías que hacía su padre porque, según lo que le contaban, él era el cuidador principal de los faros inexistentes en la costa, y así la pobre ingenua pensaba que al ejercer este oficio, se podía volver rico de la noche a la mañana. Pero ya a la edad de dieciocho años empezó a darse cuenta del sufrimiento que su padre causaba a tanta gente inocente, y lo más horrible fue cuando se enteró de las ergástulas donde

él guardaba a los secuestrados. Sin el conocimiento de don Cipriano y aguijada por las enseñanzas de las monjas que le daban su educación, pensó ir a la cárcel a dar comida y medicinas a los pobres rehenes. Pero aunque las monjas tenían algo que ver en los motivos caritativos de Antonieta, todo el mundo sabía que tres cuartos de estos motivos fueron transmitidos de alguna manera a través de su difunta madre, doña Aurora a quien todo el mundo tenía como santa. Nunca se supo bien por qué ella acabó casada con don Cipriano, pero muchos sospechaban que murió por mano de él en el momento de intentar denunciar los trabajos sucios de su marido.

Resulta que en esta primera visita a la cárcel, le llamó la atención a Antonieta un joven de más o menos cinco años mayor, pero que parecía de cuarenta. Su cabello hirsuto llegaba hasta el suelo cuando estaba sentado, y estaba descalzo y vestido con unos harapos que no le protegían nada del frío del invierno. Goteaba agua continuamente del techo de su celda y tenía que ahuyentar a las ratas que se acercaban atraídas por la sangre que salía de las llagas que le abrieron los grillos sujetos a sus tobillos. Además, parecía un esqueleto en vida por la falta de comida que, en los mejores momentos, era casi insoportable tragar por estar rancia y putrefacta. No es poca cosa decir que a Faustino, que era el nombre del joven, la visita de Antonieta le cayó como del cielo después de casi cinco años de cautiverio, y aunque estaba hecho todo un monstruo más proclive a inspirar miedo que simpatía, Antonieta vio en él algo especial que se podría llamar una pequeña chispa de amor.

—Dime, caballero, ¿cuánto tiempo llevas aquí y por qué no te han pagado el rescate? —preguntó Antonieta.

—¡Ay, mi dulce señorita! Llevo aquí más de cuatro años según mis cálculos, aunque no puedo estar seguro, ya que no veo la luz del día y sólo percibo el cambio de clima a través de los muros de esta cárcel y los reumas de mis huesos. En cuanto a mi padre, mandé mensajes pidiendo mi rescate, pero ignoro la causa por la cual no ha hecho nada para pagarlo. Prefiero pensar que es porque nunca le llegaron las misivas y no porque ha rehusado pagar el monto.

—Pues espera hasta mañana y tu suerte cambiará —dijo Antonieta antes de retirarse tan pronto como llegó.

Esta misma noche Antonieta no pudo dormir por estar pensando en cómo iba a liberar a Faustino y los demás presos. De repente

recordó que tenía unas hierbas somníferas que las monjas cultivaban en el jardín de su convento y fue a la cocina para hacerlas más potentes todavía a través de la cocción y el enfriamiento, y luego amasó las hierbas en unos panes que llevó con ella al día siguiente para regalar a los guardias. Mientras ella administraba a los otros presos, los guardias se encargaban de devorar los panes y cayeron en un sueño muy profundo en cuestión de media hora. Después fue cosa fácil soltar a Faustino primero, y dar las llaves a los otros presos pidiéndoles que antes de escapar, les dieran la oportunidad a ellos dos para adelantarse disfrazados de peregrinos con el fin de caminar hasta Galicia, donde vivía el padre de Faustino. Era cosa fácil fingir ser peregrinos, porque Antonieta había ido a Jerusalén acompañada por un séquito de soldados y monjas y Faustino iba rumbo a Roma cuando lo tomaron en las costas de Cádiz. Sin embargo, aunque su disfraz convencía a la gente muy hospitalaria con los peregrinos en general, las debilidades de Faustino por tanto tiempo en la cárcel dificultaban viajar muy rápido por tierra. Pero su suerte cambió cuando en Extremadura consiguieron un caballo y una carreta pequeña, y en poco menos de un mes llegaron a la casa de Faustino.

Para don Fabriciano, el mercader viudo y padre de Faustino, la reaparición de su hijo fue como un milagro divino, y al saber que Antonieta era su salvadora, la cubrió con una gran copia de besos en la frente, las manos y en los pies. Pero todos estos agradecimientos se detuvieron repentinamente cuando Faustino le dio la otra parte de la noticia que, con su bendición, quería casarse con Antonieta. Al oír esto, don Fabriciano se puso muy serio y pensativo, y después de las peticiones urgentes por parte de los dos jóvenes por una respuesta, expuso las razones siguientes:

—Mira, hijo, tú sabes que eres la persona más importante para mí en este mundo, sobre todo después de que murió tu mamá, quien Dios tenga en su gloria. Pero nunca me llegaron noticias sobre la suerte que corriste y después del primer año yo te daba por muerto. Ahora que te veo aquí enfrente de mí me siento muy culpable por no haber hecho nada por ti, pero no vuelvo a dejarte desprotegido de nuevo, aunque me muera. Tú dices que Antonieta es tu salvadora, pero lo que yo tengo que decir es que no se puede confiar en las mujeres bellas que siempre tienen motivos escondidos para sus acciones.

En ese momento, Faustino no podía dar crédito a lo que le decía su padre e hizo señas para interrumpir, pero don Fabriciano seguía exponiendo su discurso:

—Mira, hijo, si te pones a pensar bien, Antonieta no dudaba en engañar a su padre y robarle todo el dinero que hubiera recibido para rescatarte a ti y a los otros rehenes para estar contigo como su esposa, ¿de qué sería capaz el día en que se aburra de ti y quiera seguir su camino hacia otras fortunas? Además, dice que hizo todo esto por el amor que te tiene, pero también el amor es muy caprichoso sobre todo en una joven tan vulnerable a sus caprichos que se va de su casa después de conocerte tan poco tiempo.

Después de un silencio prolongado, le tocó a Antonieta intervenir mientras Faustino se quedó estupefacto escuchando:

—Mi querido señor. En verdad me conmueve cómo pugna por proteger a su hijo. Hay mucha gente mala, tanto hombres como mujeres que fingen hacer el bien sólo para satisfacer sus deseos egoístas. Yo soy joven e inexperta en las cosas del mundo, pero tengo una buena educación religiosa y aprendí a odiar las crueldades de mi padre, aunque vivía entre todos los lujos imaginables. Esto me lleva a mi primer punto. Dice usted que yo le engañé a mi padre y le robé tanto dinero, pero le aseguro a usted que aunque hubiera soltado a diez veces los presos que ayudé a escapar, su caudal no bajaría de una manera apreciable. Con todos mis respetos, es mucho más rico que usted, así que mis motivos no tenían nada que ver con robar dinero de mi padre, que de todos modos, lo consiguió de una manera tan baja y soez como es la piratería. En cuanto a su segundo punto, que yo rescaté a su hijo por un capricho amoroso de niña, le debo decir que cuando vi a su hijo por primera vez, era más bestia que ser humano y casi fuera de sí con los tormentos de la cárcel. Lo que ve ahora es el resultado de más de un mes de comer bien y tomar el sol, aparte de nutrirnos del amor que existe entre nosotros. ¿Cuál niña rica y caprichosa sacrificaría su vida por un monstruo miserable si no pudiera ver el interior de este hombre maravilloso? Por estas razones no se preocupe en lo más mínimo de mi persona. Le prometo, por más que valga mi vida, que Faustino y yo vamos a ser felices y vamos a vivir nuestras vidas como los buenos cristianos que somos.

Después de este discurso, don Fabriciano soltó unas lágrimas, tanto de vergüenza por sus sospechas, como por agradecimiento por

una nuera que parecía ser mandada por Dios mismo. La boda se llevó a cabo un mes después y constó de una celebración de más de una semana con sus correspondientes banquetes, justas, y otras competencias donde los caballeros peleaban por la mano de otras bellas jovencitas entre la concurrencia, aunque no con el mismo valor y determinación con que Antonieta y Faustino peleaban por su felicidad. Antonieta y Faustino tuvieron muchos hijos y todos eran el orgullo de la región ascendiendo a muchos a cargos importantes donde siempre luchaban por la justicia del pueblo, librando a los presos acusados de cargos falsos y aligerando las penas de los que eran verdaderamente culpables, pero sinceramente arrepentidos. Don Fabricio murió en los brazos de Antonieta contento con el hecho de que la salvadora de su hijo era también la que aligeraba su camino al cielo con los ángeles y la pareja vivió una larga vida hasta ver a sus bisnietos crecer como hombres y mujeres impecables.

—Se me hace que sacaste este cuento fantástico del mismo talego de los anteriores —dijo Anselmo—, me preocupo por ti porque creo que nunca pudiste dejar los cuentos de hadas junto con tu niñez. No obstante, voy a ser un poco justo y demostrar cómo las mujeres incautas, y no nada más los hombres, pueden ser víctimas de otras mujeres malévolas.



LA PERRITA QUE LLORA

Margarita era la joven más dulce e inocente que se podría encontrar en toda Andalucía. Sus padres la criaron así pensando en que su virtud exagerada le serviría en su vida adulta, y sobre todo en el matrimonio, pero la vida les enseñó que estaban muy equivocados. La inocencia y la castidad empezaron a transformarse en una ingenuidad de proporciones peligrosas, ya que para Margarita no había gente hipócrita, ni amigos con intenciones ocultas, sino puros ángeles guardianes detrás de las máscaras sonrientes.

Era precisamente por el carácter y la disposición de Margarita que Abundio quería tomarla como esposa. Pensando que su inocencia era una manera de guardar el tesoro de su fidelidad, simplemente continuó tratándola y mimándola como hacían sus padres, y así de esta manera se quedó Margarita en un estado prolongado de niñez intacta. También era por eso que Abundio tuvo el error garrafal de confiar mucho en ella al dejarla sola con la servidumbre, sin más protector que su buena fe, mientras él viajaba a Roma para estudiar elocuencia. El tiempo de su ausencia era indeterminado, pero este detalle era lo que menos importaba, ya que tanto él confiaba de ella, como ella de él en una especie lamentable de ingenuidad mutua.

Pero todo cambió en el transcurso de unos días, y Margarita se vio obligada a salir a la calle para comprar unas cosas en el mercado, y fue precisamente allí donde la vio Acacio, un joven de la misma edad que su esposo Abundio, pero muy superior en todas las cualidades masculinas de belleza física, personalidad, astucia y otros talentos que atraen al sexo opuesto. Acacio empezó a llamarla en voz alta en la calle, pero ella,

tanto por miedo de estas confrontaciones desagradables, como por un sentido del deber matrimonial, lo rechazó con una firmeza de voluntad que hasta sorprendió a ella misma. Cuando las peticiones fracasaron, Acacio averiguó dónde vivía y así empezaron los gritos, serenatas desafinadas acompañadas con unos músicos borrachos y declamaciones de versos amorosos baratos que mandaba a componer con un escribano que conocía en la plaza pública:

*Es una dulzura
de asaz hermosura
sin embargo me hiere
cada rato que quiere
y hasta sus insultos
los tomo como indultos...*

Desgraciadamente, estos esfuerzos, por cultos que fueren, no podían con la determinación férrea de Margarita.

Ya totalmente desesperado, Acacio empezó a enfermarse y andar por la plaza arrancando cabellos, pegando su pecho, echando gritos al cielo y hablando a solas. Un día lo vio una anciana de nombre doña Leocadia, una alcahueta de profesión que engañaba a la gente con su exterior de beata vestida de monja. Se acercó al joven angustiando y le preguntó:

—¿Qué te pasa, hijo mío? ¿Por qué tanta angustia? No te hace bien andar así y en una de esas te van a encerrar en el manicomio.

—Ay, señora, si acabo la vida en el manicomio o apedreado aquí en la plaza, me da igual, ya que la vida me vale un higo sin el amor de Margarita.

—¿Margarita, la esposa de Abundio, esa que da tan mala fama al matrimonio como si fuera algo sagrado?

—Ella misma —confirmó Acacio—, ella es precisamente quien me tiene por muerto con sus desdenes.

—No te preocupes, joven. Ella es tan ingenua que por una paupérrima cantidad yo te la entrego dentro de un plazo de cuatro días —aseguró doña Leocadia.

—Serán los cuatro días más largos de mi vida, pero acepto la oferta. Se lo suplico, haga lo que pueda.

Se pusieron de acuerdo sobre la cantidad, que de “paupérrima” no tenía nada, y doña Leocadia regresó a casa para preparar toda la trampa que consistió en matar de hambre a su perrita por unos tres días y en el cuarto día darle puro pan con mostaza que, como hacen todos los perros hambrientos, lo devoró primero y lo saboreó después. No era necesario explicar que la mostaza, siendo picante, le causó mucho lagrimeo a la perrita y con los dolores en la panza empezó a maullar de una manera verdaderamente lastimera y cuando doña Leocadia vio esto, la agarró y la llevó a la casa de Margarita que ya tenía bien ubicada, para “rezar por el bien” de su esposo ausente. Al entrar en la casa y antes de rezar, Margarita le preguntó a doña Leocadia:

—¿Por qué su perrita llora tanto?

—¡Ay, mi hijita, no me preguntes! Esta perrita que ves acá no es una perrita cualquiera, sino mi hijita amada. Ella fue muy grosera con un joven que la amaba más que a la vida misma y por culpa de sus ultrajes, rechazos e imprecaciones, recibió su merecido y se convirtió en esta perrita que no puede hacer otra cosa sino llorar sobre su destino. Por eso yo me quedé tan afligida que decidí terminar mis días como monja para acompañar a mi hija en su penitencia.

—¡No me diga esto, doña Leocadia! —interrumpió Margarita—, hace ya un tiempo que un joven me anda persiguiendo por todas partes y lo he tratado bastante mal por consideración a mi esposo. ¿Qué puedo yo hacer para no acabar como su hijita?

—Es muy fácil —dijo doña Leocadia—. Tú y mi hija son culpables del pecado de la arrogancia, tan odiado por Dios sobre todos los pecados, y el único remedio es hacer las paces con este joven y hacer lo que él desea para acabar con su malestar.

—Con mucho gusto hago lo que usted diga, porque tengo mucho respeto para las religiosas. ¿Sabrá dónde buscarlo? Hace algunos días que no se asoma por aquí.

—Me llevará algo de tiempo —contestó doña Leocadia—, pero tengo algunos conocidos que laboran en los hospitales y los manicomios donde puede estar. Es que realmente hizo todo un espectáculo en la plaza últimamente y lo han de haber encerrado bajo llave, y todo por tu culpa.

Doña Leocadia se fue a buscar al joven Acacio mientras Margarita se quedó en casa, ansiosa de purgarse de su arrogancia, y en cuestión

de un par de horas regresó “la monjita” con Acacio y los dos hicieron sus “rituales de purificación” por un mes ininterrumpido terminando sólo unos escasos días antes de que Abundio regresara.

—Así acaba el cuento —dijo Anselmo—, y la lección importante de aprender de todo esto es que no hay persona más peligrosa que alguien que finge ser religiosa y es todo lo opuesto, ya que doña Leocadia jugó con la virtud y la inocencia de Margarita, quien fue ya una mujer manchada para siempre.

—Es cierto lo que tú dices, Anselmo —dijo Rodrigo—. Las personas más peligrosas son los hipócritas disfrazados de buenos. Pero yo he oído otro final de este cuento que me agrada más: Resulta que la anciana no pudo encontrar al joven y entonces agarró a uno de más o menos la misma edad y estatura, pero inferior en atributos físicos y le dijo que tenía una señorita interesada en él. Fueron a la casa de la anciana donde esperaba la señorita, y cuando se vieron, pegaron un grito porque resultó que la anciana había traído al marido recién llegado de Roma para conocer a la “señorita” quien era nada más ni nada menos que su esposa legítima. Los dos quedaron en silencio y, por cierto, nunca volvieron a mencionar el escándalo, ya que ninguno tenía el derecho de reprochar al otro por ser culpables los dos de lo mismo. Ahora, Anselmo, parece que la única conclusión de nuestro debate es que seamos hombres o seamos mujeres, todos somos seres humanos con las mismas fortalezas e imperfecciones y con eso quiero concluir esta plática por hoy, ya que el amanecer se nos aproxima y vienen los guardias del próximo turno. Ojalá que tengamos la oportunidad de reunirnos una vez más para entablar otro debate con otro tema sin tantas trampas para la razón ni para los sentimientos.



NOTA DE TEODORO

Por alguna razón u otra, ni Rodrigo ni Anselmo regresaron para platicar cerca de mi escondite. Naturalmente no pude preguntar nada, ya que mi invisibilidad era mi única cortina entre la vida y la muerte. Tampoco los nuevos guardias mencionaron algo de ellos que yo pudiera escuchar y, además, no tenían nada la chispa de sus compañeros anteriores, ya que pasaban las noches en juegos de dados y naipes, intercambiando anécdotas que degradaban a toda la humanidad. Ojalá que Anselmo y Rodrigo se encuentren bien en algún lado de la Tierra o del cielo, y el único remordimiento que tengo es no poder agradecerles su compañía y el material que anhelo convertir en mi *magnum opus*.

Laus Deo



HISTORIAS USADAS JUNTO CON SUS REFERENCIAS

“Historia de la bruja y la fuente”

Historia septem sapientum 6. “Reginae secunda historia: Striga + Fons”. También se encuentra dividido en dos cuentos en *Sendebär* Cuento 6 “striges” y cuento 8 “fontes” (véase “información sobre los textos fuentes” para las relaciones interesantes entre estos dos libros).

“La mujer y el pozo”

Disciplina clericalis XIV. “Exemplum de puteo”. *Decamerón*, día 7, novela 4.

“Los tres cofres”

Gesta Romanorum CCLI

Este cuento lo usó Shakespeare para formar parte de su comedia *El mercader de Venecia*.

“La mujer que hacía colchas”

Disciplina clericalis (X. “Exemplum de lintheo”). Además se encuentra en los *Gesta Romanorum* LXXIII y es prácticamente la misma historia que se encuentra en el “Entremés del viejo celoso” de Miguel de Cervantes Saavedra, como mencioné arriba.

“La libra de carne”

Gesta Romanorum CXCV

También este cuento lo usó Shakespeare para formar parte de su comedia *El mercader de Venecia*.

“El hombre que creyó lo que oyó y no lo que vio”

Liber Kalilae et Dimnae, Capitulum IV 105–106.

“La mujer de la torre”

Historia septem sapientum 20. “Filii regis historia: Inclusa”.

“La urraca acusadora”

Historia Septem sapientum Primi sapientis secunda historia: Avis. *Sendeban* Cuento 2: Avis. En otra variante, conocida como el “Manciple’s Tale”¹ de los *Canterbury Tales*, Chaucer nos relata de cómo Febo mató a Coronis porque un cuervo blanco le había dicho que ella tenía un amante. También el dios le quitó su don de hablar y le dio plumaje negro en vez de blanco. Véase Ovidio *Las metamorfosis*, libro II, 53, para ver de dónde tomó Chaucer el cuento. También véase “Los papagallos acusadores”, *Liber Kalilae et Dimnae* Cap. II, 71, solo en este cuento, un hombre burlado le enseña al ave a hablar de la infidelidad ficticia de la mujer para venganza, pero se descubre el truco. Es precisamente esta última versión que forma parte de la crítica de Rodrigo al contradecir la versión de Anselmo.

“La hija del pirata”

Gesta Romanorum V, “De sectanda fidelitate”.

“La perrita que llora”

Disciplina clericalis XIII. “Exemplum de canicula lacrimante”. También se encuentra en *Gesta Romanorum* XXVIII, *El libro de los enxemplos* CCXXXIV “Mulieris dolositas etiam excaecat saepe castas” (Gayangos 1952:505) y “Maretricem Fuge: Flee the Harlot” por William Caxton en *The book callid Caton*, encontrado en Douglas Gray (1985:229–231). Además, el final alternativo propuesto por Rodrigo se encuentra en *Historia septem sapientum* “Secundi sapientis secunda historia: Catula” y *Sendeban* cuento 10 “Canicula”.

**INFORMACIÓN SOBRE LOS TEXTOS FUENTES****Historia Septem Sapientum** (versión en latín)

Esta colección de *ejempla* es una versión en latín del siglo XII de una colección de origen oriental mucho más antigua. Según Lacarra (1996:13) es precisamente la versión latina que conecta esta colección con el mundo occidental. Una versión en español data del siglo XIII y lleva distintos títulos como *Sendeban*, o también, *Libro de los engaños e los asayamientos de las mujeres*. El marco narrativo es en la forma de un juicio. El sabio Sendeban había prometido impartir toda su sabiduría al hijo del rey. Sin embargo, al acercarse el día señalado para demostrar sus nuevos conocimientos, Sendeban consulta las estrellas y se da cuenta de que si el príncipe no guarda silencio por siete meses morirá. La esposa del rey (¿la madrastra del hijo?) quiere aprovechar de esta situación y propone al hijo que si mata al rey, podrían los dos quedarse con el reino. El hijo rehúsa y, aprovechando de su silencio obligado, la mujer acusa al hijo de violación. Los *exempla* forman parte de los argumentos de los testigos que condenan o perdonan al hijo sucesivamente.

Petri Alfonsi Dicipina Clericalis

Petrus Alfonsi fue el nombre de bautizo de Rabí Moisés Sefardí, un judío converso de Huesca, España (López Estrada 1987:407). Nació alrededor de 1062 y fue bautizado en 1106. Hasta viajó a Inglaterra y fungió como el doctor del rey Enrique I. Su libro, *Disciplina Clericalis*, es un diálogo con *exempla* entre padre e hijo y es la colección más antigua de este tipo de la Edad Media según Beeson y llegó a inspirar a otros como los *Gesta Romanorum*. Es gracias a él y su papel como intérprete y tra-

¹ El título del cuento se traduce como “El cuento del intendente” en la edición de los *Cuentos de Canterbury* traducidos por Pedro Guardia Massó. Madrid: Ediciones Cátedra, 2011.

ductor de la cultura oriental en España, que estos cuentos se divulgaron por Europa Occidental (1953:84). Chaucer, en sus *Canterbury Tales*, lo menciona directamente en varias ocasiones en su “The Tale of the Melibee”,² que es una historia que Chaucer mismo cuenta como uno de los peregrinos después de haber fracasado con su cuento desastroso de “Sir Thopas”. Melibee es el nombre del personaje principal víctima de unos intrusos envidiosos que entraron en su casa, mataron a su hija y golpearon a su esposa. Sin embargo, recibe consejos sabios y consuelo de su esposa, Prudence, y resulta que una de las fuentes de sus consejos es el mismo Pedro Alfonso. Armada con todas estas referencias en su exposición, Prudence convence a su esposo que debe ser misericordioso con sus enemigos. Robinson (1933), en la edición de Chaucer utilizada aquí, observa que la fuente de Chaucer para este cuento fue el libro francés *Livre de Melibée et de Dame Prudence* que algunos piensan que fue escrito por Jean de Meun y otros por Renaud de Louens. De todos modos, es obvio que la versión francesa fue producto del *Liber Consolationis et Consilii* por Albertanus of Brescia (1193?–1270?).

Gesta Romanorum

El *Gesta Romanorum* es una colección de *exempla* del siglo XIII. Los predicadores utilizaban el libro para dar vida a sus sermones junto con unas interpretaciones a veces descabelladas para enseñar la doctrina cristiana. Las fuentes para los cuentos incluyen griegas y orientales aparte de las fuentes romanas como sugiere el título. Autores como Chaucer, Gower y Shakespeare entre otros de la Edad Media se inspiraron en estos cuentos (Beeson 1953:55).

Liber Kalilae et Dimnae

También conocido como la *Pancha-tantra*, es un libro con mucha trayectoria originándose en la India redactada en sánscrito, pasando por Persia en el siglo VI y traducida a pelheví y luego al árabe en el siglo VIII. El texto en latín viene del griego del siglo XI y el texto latino es la fuente de todas las versiones europeas, menos la de España, que viene

directamente del árabe. Es un libro que un doctor de nombre Perrice (nombrado Berzebuey del texto español) trajo de la India bajo las órdenes del rey de Persia. Algunos de los cuentos son contados por Calila y Dimna, dos lobos cervales. Dimna, celoso de un toro que él mismo ayudó a introducir en la corte del león, hace intrigas en su contra hasta que el león está convencido de que el toro es su enemigo. Tarde o temprano el león se arrepiente y decide hacer un juicio que resulta en la muerte de Dimna y provoca el suicidio de Kalila (véase Gayangos 1952:1–10 para una introducción muy detallada).

² El título del cuento se traduce como “El cuento de Melibee” en la edición de los *Cuentos de Canterbury* traducidos por Pedro Guardia Massó. Madrid: Ediciones Cátedra, 2011.

DIÁLOGOS AMOROSOS

DE DESPECHO Y ALABANZA



La edición, corrección, diseño editorial y supervisión de impresión de este libro estuvo a cargo de La Aldea, consultoría editorial y gráfica. La impresión tuvo lugar en los talleres de El Errante Editor, SA de CV, Privada Emiliano Zapata 5947, San Baltasar Campeche, Puebla, Pue. Se terminó de imprimir en el mes de septiembre de 2015. El tiro consta de 1000 ejemplares.

